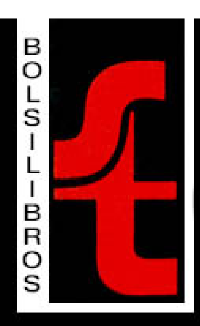


Selección

TERROR

DOCTORA JEKYLL

CURTIS GARLAND

Empujó la puerta. Empezó a ceder, con crujidos siniestros, como los produciría la tapa de un féretro al ser abierto. En el fondo, era tan parecido… Algo muerto reposó allí durante años. Ahora, de repente, cobraba una inesperada, terrible trascendencia.

Abrió un poco más. Lo suficiente para dejar paso. Observó que había tuberías de gas que alcanzaban el cobertizo, desde la tapia de ladrillos. Sacó fósforos de su bata, prendió uno…

La débil llama le reveló oscuras formas, polvo, telarañas, armarios viejos, mesas y asientos arrinconados… Animosa, penetró en el recinto. Cerró tras de sí, cuidadosamente. Tanteó, ayudándose con otro fósforo. Había mecheros en la pared desconchada y húmeda. Probó uno. Tardó en prender, con débil llama amarillenta. Pero prendió.

Y entonces descubrió el laboratorio.

Estaba al fondo. Más allá de una vidriera que cubría medio panel.

Era un viejo y simple laboratorio: una larga mesa, un armario, una vitrina… Viejos tubos de ensayo, retortas y alambiques, unos frascos… Todo cubierto de polvo. Un hornillo de petróleo, en un extremo, aún sostenía un recipiente de oxidado aluminio.

Ivy, fascinada, avanzó por entre el polvo y las telarañas, hasta el que fuera sin duda el laboratorio personal del doctor Jekyll.

Del doctor Jekyll y de míster Hyde.



Curtis Garland

Doctora Jekyll

Bolsilibros: Selección Terror - 33

ePub r1.0

Titivillus 31.01.15

Título original: *Doctora Jekyll*
Curtis Garland, 1973
Diseño de cubierta: Salvador Fabá

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

«Hemos de hablar de una auténtica maravilla: el alma humana. Mis análisis me han llevado a una conclusión terminante: el ser humano posee una doble personalidad. Un dualismo que podríamos llamar el "yo" bueno, y el "otro", que obedece a impulsos animales, a sentimientos feroces e incluso a instintos perversos. Estas dos personalidades están encadenadas, pero en lucha constante entre ellas. Una y otra quieren destruirse, buscando el aniquilamiento respectivo. Lo esencial, lo que hasta ahora resulta imposible, es distinguirlas, para que una de ellas prevalezca. Si pudiéramos separar esas dos personalidades… ¿lograríamos aniquilar el "yo" malo?».

(De *El extraño caso del Doctor Jekyll y míster Hyde*, de Robert Louis Stevenson).

«Coge de mi armario "aquello", y destrúyelo. Que nadie sepa nunca lo que contiene. Tampoco le digas nunca a ella cómo me has visto; quiero que guarde un buen recuerdo de mí. Achaca mi muerte a lo que tú quieras, fiel Layon, pero no le digas jamás la verdad…».

(Palabras finales de Jekyll-Hyde, en el diálogo original
de la adaptación cinematográfica de la obra de Stevenson,
realizada en 1932 por Rouben Mamoulian).

CAPÍTULO PRIMERO

Iba a ser presa fácil.

Las damas de sociedad siempre lo eran. Sobre todo, cuando estaban un poco ebrias. Él era todo un experto en eso. Especialmente, en damas de aquella condición social.

Él era experto en muchas cosas. En tratar a damas de alto copete, en embriagarlas oportunamente… y en desplumarlas. Sobre todo, en desplumarlas.

El joven truhán sabía cuáles eran sus recursos para ello. Cuando se es relativamente alto, esbelto, bien parecido, y se carece de escrúpulos, las mujeres hermosas siempre ofrecen puntos débiles en sus defensas. Especialmente, si gustan de cierta clase de nocturnas aventuras con guapos desconocidos, y poseen medios de fortuna para conquistar con su bolsa lo que quizá no harían con sus propios encantos. Esa clase de damas se daba más habitualmente entre las casadas y viudas, pero también alguna atractiva solterona picaba en el dorado anzuelo de un tipo guapo, desenvuelto y cínico como Gordon Leigh.

Gordon Leigh supo enseguida que la dama buscaba aventura nocturna, en la niebla siempre cómplice y discreta de Londres. Y supo que ya tenía una buena presa para aquella noche.

Él no era de los que se conformaban fácilmente con unas cuantas guineas, a cambio de ser el acompañante rendido de una dama caprichosa. Tampoco le gustaba vivir de ellas, como cualquier tipo de ínfima condición, de los que pululaban en abundancia, y no sólo en el Soho.

Sus intenciones iban siempre más lejos. Y no acostumbraban a errar. Entre otras cosas, porque la dama desplumada rara vez se sentía con fuerzas para acudir a la policía y denunciarle, ya que ello implicaba un escándalo que su nombre difícilmente podía afrontar. Gordon Leigh, en realidad, quitaba a la enamorada de turno hasta

la última guinea de su caudal, una vez convenientemente embriagada de alcohol y de amor. Sobre todo, de alcohol.

Después… cualquiera callejuela del Soho era buen lugar para dejar abandonada a la presa, sin acordarse de ella jamás.

Aquella noche, supo enseguida que tenía una buena pieza entre sus redes. Lo adivinó apenas la vio asomar en la neblina turbia y maloliente de Las Armas de Woodshire, con el rostro tenuemente velado por un tul que se desprendía de su pamela color rojo oscuro.

El rostro de la dama se diluía tras el tul, pero era arrogante su figura, hermosas sus formas de mujer, vestía con elegancia y buen gusto, y había en toda ella algo de instintivo, casi de puramente animal. Era la hembra de especie, buscando el apareamiento que la madre Naturaleza dispuso para sus criaturas.

Gordon Leigh era un entendido en la materia. Rápidamente, pagó al cantinero con algunas de las pocas monedas que le quedaban en los depauperados bolsillos, y corrió al exterior, salvando las vidrieras de colores, para hundirse en la niebla de Old Compton Lane, buscando a su dama.

Allí estaba.

Como esperándole a él. Gordon Leigh sonrió para sus adentros.

No se había equivocado. Ella también conocía la especie. Sabía que había encontrado al hombre. A *su* hombre.

Se miraron los dos. La niebla era como jirones azules, enroscándose en torno a las amplias faldas de terciopelo gris de ella, o a las piernas de él, con su bien planchado pantalón azul marino y los brillantes botines de charol.

Ella, tímidamente, bajó la cabeza Las plumas eran rojas y grises, sobre la pamela de fantasía, rojo granate. Echó a andar con leve taconeo, calle abajo, bordeando el muro grisáceo del asilo de ancianos.

Gordon Leigh la siguió. No podía dejarse escapar aquella presa. Ni mucho menos.

Se preguntó si la dama habría tenido el valor suficiente para adentrarse hasta el corazón de un barrio tan peligroso como el Soho, en plena noche, y sin carruaje alguno, por su propio pie.

Tuvo la respuesta en la siguiente manzana, frente a Frith Street, justo donde se alzaba el feo edificio del Depósito de Cadáveres del Hospital Globe, a punto de desaparecer de puro viejo y

abandonado.

Un *fiacre* negro, de charolada capota, húmeda de brumas, aguardaba quieto, tirado por dos caballos. No había conductor en el pescante. Ni nadie alrededor. La niebla era tan espesa en aquella zona, no lejos de los vertederos de basuras del Old Picaddilly Market, que parecía una fétida gasa corpórea, envolviendo como vendajes funerarios a los escasos seres que se atrevían a transitar por el sector, de tan pésima fama en Londres.

Ella no hablaba. No parecía necesitar hacerlo tampoco. Sabía insinuar las cosas con facilidad. Señaló con un movimiento de cabeza hacia el *fiacre*. Gordon Leigh no pudo saber si ella era rubia o morena, pero el color de su cabello importaba poco. Su dinero, seguramente, tendría el mismo color del que todo el mundo acepta.

Gordon apresuró el paso. La alcanzó. Allá, en la niebla, como algo fantasmal, se recortaban unos rectángulos de luz amarilla, tratando en vano de perforar la niebla en la calle sin apenas alumbrado público. Estaban al otro lado de la calle, y Gordon sabía lo que era.

Se sintió audaz al estar junto a la dama y aspirar su aroma a perfume. Flores fragantes, un aroma dulzón y casi pegajoso…

La tomó de un brazo. Sintió el estremecimiento de ella. Pero quizá hacía frío. Y, sobre todo, la humedad era muy intensa.

—Es el Lyric Room —dijo, señalando las luces con la cabeza—. Se bebe el mejor champaña. Y tiene bellos reservados, discretos y elegantes…

Ella meneó la cabeza, negativamente. Eludía mirarle. Y si lo hacía, el tul y la niebla impedían que descubriese el tono de sus ojos.

—¿El Hotel Casino? —sugirió—. Está sólo a tres manzanas y…

Nuevo movimiento negativo de cabeza. Empezó a irritarse. Luego, se dio una palmada en la frente.

—Mi casa —sugirió—. En Archers Lane. No es un palacio, precisamente. Pero tengo cerveza. Buena cerveza. Y *whisky*. Del mejor. También tengo una hermana. Pero duerme como una bendita. A estas horas tiene demasiado *whisky* encima.

Para su sorpresa, esta vez ella asintió. Parecía gustarle ese curso de la aventura. Subió al *fiacre*. Le dejó a él el asiento donde aparecía apoyada la fusta. Era una invitación a conducir el

vehículo.

Gordon Leigh sonrió. Todo marchaba mejor de lo previsto. Deseó, interiormente, que en efecto estuviera dormida su condenada hermana. Kate era capaz de estropearlo todo, sólo con que estuviese lo bastante despabilada… y suficientemente repleta de alcohol. Su pésima educación hacía el resto.

Poco más tarde, el *fiacre* se detenía ante un edificio que no se diferenciaba gran cosa de los demás: muros grises, desconchados, mostrando ladrillos rojos debajo, un cercano arco a una callejuela sórdida, una musiquilla de manubrio de algún viejo inválido ambulante, no lejos de allí…

Y una puerta. Un globo de luz de gas, procedente de una de las escasas farolas del alumbrado callejero del Soho, revelaba su número, medio borrado sobre la entrada: el 13 de Archers Lane.

Ella no debía ser nada supersticiosa. Bajó del carruaje. Gordon llegó tarde a ayudarla, y se limitó a dejar de nuevo la fusta en el pescante, silbando entre dientes una tonadilla, cuando siguió a su conquista callejera hacia el lóbrego portal abierto.

—Es aquí —dijo, pasando un brazo por los hombros de ella, cada vez más audaz—. Ya te dije que no era un palacio, preciosa. Pero se está bien, ya verás…

Ella se dejó conducir por una angosta escalera húmeda. Gordon prendió un fósforo. Su débil llama les guió hasta la primera planta. Había dos puertas Él señaló la de la izquierda, junto a los escalones.

—Hemos llegado —susurró. Y escuchó, rogando mentalmente que Kate estuviese dormida. Respiró con alivio al captar unos ronquidos a través de la puerta de vieja madera rozada y astillada. Añadió, metiendo una llave en la cerradura—: Entra, amor. Todo va bien.

Tuvo la galantería de hacerse a un lado. Ella entró, sin revelar especial repugnancia o reparo. Gordon Leigh se admiró. Para ser una dama hermosa, incluso joven al parecer, y de una condición social indiscutiblemente elevada… aquella mujer no se andaba por las ramas en cuanto a adentrarse en los peores lugares sin una vacilación siquiera.

La siguió, teniendo la precaución de prender un quinqué que reposaba sobre un mueble destartalado. Eso impidió que pisaran a Kate Leigh, cruzada en mitad del pasillo, roncando como un cerdo,

con una botella vacía junto a ella, que alguna vez tuvo *whisky*.

Kate era joven. Sólo tres años mayor que Gordon, pero estaba abotargada por el licor.

Pasaron por encima de ella, sin rozarla. La dama de gris y rojo no hizo aspavientos ni giró una sola vez la cabeza para contemplar la abyecta escena. En vez de ello, entró en la alcoba cuya puerta empujó Gordon suavemente.

—Vamos —dijo él con un susurro—. Aquí nadie va a molestamos, paloma…

Entró. Cerró tras de sí, y encendió la luz de gas de los globos murales. Una claridad azulada se expandió por un dormitorio de amplia cama de metal, muebles viejos y bastante amplitud, con una ventana abierta a un patio interior.

—Bien —suspiró Gordon—. Ahora… ¿dejas que vea tu rostro, hermosa desconocida?

Por vez primera, un murmullo escapó bajo el velo de la dama:

—Sí… —musitó ahogadamente ella.

Temblaban ligeramente las manos de Gordon Leigh al acercarse. Mientras, iba preparando mentalmente su plan de combate. Cerveza mezclada con *whisky*, unas gotas de aquel somnífero que él guardaba celosamente… y la dama dormiría profundamente apenas sin darse cuenta de ello.

Después, el bolso sería suyo. Integro. Y la dama sería depositada en su carruaje y conducido lejos de allí, al otro extremo del Soho, donde despertaría al amanecer, descubriendo que había sido víctima de algo que su propia posición le impediría denunciar a las autoridades. Era lo de siempre…

Ella no soltaba el monedero, amplio y colgado de su brazo. Las manos seguían enguantadas con aquellos bellos guantes de piel gris… Los dedos de Gordon alzaron lenta, muy lentamente el velo. Pensaba, entre tanto, en el dinero que podía haber dentro del bolso, para que ella se sintiera tan reacia a desprenderse de él.

Todo iba a ser fácil esta noche. Muy fácil…

Gordon Leigh se enfrentó al rostro de ella. La luz de gas cayó con intensidad en las facciones de la dama desconocida.

Un gesto de inmenso estupor, de asombro sin límites, se extendió sobre la faz de Gordon. Dio un paso atrás, como alucinado.

—Pero… —comenzó, sin poder desviar de ella su mirada

incrédula—. Pero…

Luego, observó que no podía retroceder más. Un brazo de ella, insensiblemente, había rodeado su hombro, alcanzando su espalda, su nuca…

Esperó la caricia, el cosquilleo de la mano de mujer, sin volver en sí de su profundo asombro. Luego…

Un alarido terrible rasgó la noche, pareciendo estallar en el interior de la alcoba, como escape de todos los horrores y todas las angustias humanas imaginables. Fue un grito animal, feroz, desesperado…

No por ello el instrumento de acero, centelleante y frío, dejó de avanzar y avanzar, hendiendo carne y piel con una especie de rasgueo horripilante.

La dama le contemplaba jadeando, su rostro al descubierto. Aquel rostro sorprendente e inesperado, que sólo el moribundo había visto antes de morir. Luego, dio media vuelta.

Abrió la puerta. Salió al corredor.

Kate se había despertado.

Tal vez no estaba lo bastante borracha. Acaso captó la llegada de ambos. O escuchó el alarido espantoso de su hermano. Lo cierto es que estaba medio incorporada. Con los ojos abiertos.

Vio aparecer a la dama. Contempló su rostro, con expresión torpe, estupefacta.

—¿Quién diablos…? —empezó a farfullar, sin entender por qué aquellos guantes grises chorreaban sangre, por qué aquella pieza de acero brillante goteaba rojo por doquier.

Luego, la dama fue sobre ella.

Su pregunta se convirtió en un bramido espantoso, como el de un animal en el matadero, en el momento de ser degollado.

Se fue hacia atrás Kate Leigh, con el rostro convertido en una espantosa máscara de fealdad humana, estupidez y fugaz comprensión en el momento de morir.

Luego, todo terminó para ella. Estaba deslizándose pared abajo, para caer como un guiñapo en el angosto corredor de la sórdida casa, cuando las piernas ágiles de la mujer asesina, salvaron el feo obstáculo, corriendo a la salida.

Abrió la puerta, saltando a la escalera. Los gritos de Gordon y de Kate se habían oído sin duda en la vecindad. Mientras los zapatos

abotonados, de alto tacón, descendían veloces por la escalera angosta y húmeda, se abrió bruscamente la puerta situada frente a la vivienda de los Leigh.

Un hombre con el torso desnudo asomó, sudoroso, desgreñado, apestando a cerveza agria y a suciedad corporal. Asomó a la casa. La luz del quinqué le reveló el horror del pasillo, el cuerpo de Kate, sus ojos desorbitados y vidriosos, el enorme charco de sangre bajo sus piernas…

—¡Socorro! —aulló el hombre—. ¡Policía! ¡Favor! ¡Han matado a Kate! ¡Se ha cometido un crimen! ¡Un crimen horrible! ¡Policía…!

Y se lanzó como un loco escaleras abajo. Vio las gotas de sangre, el reguero en el portal, en la acera débilmente iluminada. Entendiendo, levantó sus ojos enrojecidos, adormilados, descubriendo fugazmente la sombra que se hundía en la niebla, más allá de la forma negra de un pequeño *fiacre*.

No supo si vislumbraba una silueta de hombre con ancha capa o macferlán, o una mujer de oscura falda pesada y crujiente. Pestañeó, corriendo en pos de aquella sombra, mientras chillaba como un loco:

—¡Al asesino! ¡Escapa por ahí! ¡Socorro! ¡Ha matado a Kate Leigh…! ¡Favor!

El taconeo sonaba, débil, rápido, en la niebla. Ésta era tan espesa que no permitía ver nada.

La calle se llenó momentos después de silbatos policiales, procedentes de diversos puntos del Soho.

Carreras de pesados zapatones de los *policemen*, confluyeron en Archers Lane.

En su persecución tropezó violentamente el vecino de los Leigh con el músico callejero, que hacía girar su manubrio en una esquina, pidiendo limosna. Casi le derribó, maldiciendo entre dientes, y le dejó atrás, mientras seguía chillando:

—¡Al asesino, al asesino…!

Un momento después, las lámparas policiales barrían la acera, descubriendo gotas de un rojo oscuro e intenso. El rastro del asesino.

Pasaron también junto al músico del manubrio, que apenas si distinguía sombras con sus viejos ojos cansados, protegidos por unos lentes de vidrios oscuros, y tocaba con su único brazo

existente, el zurdo, el manubrio de tristonas notas monocordes.

Casi le derriban también, sin preocuparse siquiera de disculparse. Una voz gritó en la niebla:

—¡Aquí, aquí! ¡Ya le he visto! ¡Es un hombre! ¡Lleva algo cortante en la mano, un estilete o un puñal, no sé…! ¡Va dejando sangre en la acera!

El músico aguzó cuanto pudo su mirada, pero en aquella bruma, ni un joven de buena vista hubiese captado nada de nada. Y, sin embargo, un gesto de extrañeza, de astucia, asomó al rostro de blanca barba descuidada del músico del callejón…

El hombre acosado había llegado ante un muro de ladrillos de un pasaje sin salida.

Gritó, viendo venir a los policías, con el bailoteo de las linternas en la niebla:

—¡No, no! ¡No soy yo! ¡No lo hice, no maté a nadie! ¡Me… me encontré este arma en el suelo y no vi que… que goteaba sangre! ¡Lo juro, no fui yo! ¡No, no me detengan! ¡No quiero volver allá! ¡No quiero ser encarcelado de nuevo! ¡No hice nada!

Los policías eran ya un implacable cerco en torno suyo. Las linternas, con su bailoteo obsesivo, se acercaban al desgraciado.

Éste, con un grito ronco, se precipitó sobre las luces, intentando escapar, su afilada arma de acero fulgurante, manchada de sangre, en vilo. Acaso no intentó herir a nadie. Sólo era un gesto defensivo, en su afán loco por huir…

Pero un inspector del Yard, que se había unido a los policías perseguidores, disparó su arma. El hombre chilló como una rata pisoteada.

Cayó en el empedrado. De su mano escapó el arma incisiva, sangrante. Se quedó inmóvil el hombre. Estaba muerto.

En su rincón, dando vueltas sin parar a la caja-manubrio, musitó para sí el viejo músico manco y medio ciego:

«¡Qué extraño! Hubiese jurado que no era un hombre quien pasó junto a mí… Aquel perfume, sus ropas… Era una mujer…».

El sangriento drama, sin embargo, había terminado ya en el callejón sin salida.

CAPÍTULO II

Ivy Fletcher suspiró, mirando fuera del carruaje que rodaba en la noche neblinosa y húmeda.

—Gracias por todo, Brian —musitó suavemente.

—Bah, no digas esas cosas, Ivy —sonrió Brian Lane, sacudiendo la cabeza—. Sabes que me tienes a tu disposición para todo lo que precises. Ahora, y siempre.

—Sí, Brian, lo sé —le miró ella de pronto, y puso con firmeza su mano sobre la de él—. Y eso me da confianza, ánimos. Me siento más fuerte. Es una idea tonta, pero conforta tanto tener un amigo como tú…

—Un amigo… —Brian pareció meditar esa palabra. Luego asintió, con aire desenvuelto—. Sí, claro… Somos amigos. Amigos y camaradas, Ivy. No olvides nunca eso.

—¿Olvidarlo? Jamás, Brian. Y menos, después de lo de esta noche.

—Oh, te rogué que…

—Brian, te aseguro que empiezo a sentirme preocupada —confesó ella de repente.

—¿Preocupada? —Él contempló sus ojos profundamente azules y limpios, su rostro ovalado y de delicadas líneas, su boca carnosa, su breve naricilla, sus cabellos de un rubio oscuro y suave, bajo el sombrerito azul—. Por Dios, Ivy, no tienes motivos para eso. Ha sido simplemente un desvanecimiento, ya oíste al doctor Montague.

—He tenido otros desvanecimientos como éste de hoy, Brian —suspiró ella—. Pero no tan largos. Comenzaron siendo breves. Me dijeron que era cosa de los nervios, pero empiezo a temer que sea algo peor…

—No irás a pensar que estás realmente enferma —rió Brian, lleno de confianza—. Tu aspecto es excelente, tu color saludable, incluso dentro de esta infecta trampa de niebla y de suciedad que es

Londres… Opino como el doctor Montague, aunque yo sólo sea un humilde estudiante de Biología: tus nervios te juegan malas pasadas a veces. Tal vez, incluso, trabajas demasiado.

—Sí, pudiera ser eso —convino ella débilmente—. Pero quiero obtener ese puesto de ayudante química en la Facultad. Y sé que puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Tienes una disposición especial para esas cosas. La química te resulta tan fácil como a mí identificar un fragmento de Haendel o de Mozart, puesto que son mis músicos favoritos. Me pregunto de quién heredarías tal predisposición científica, siendo hija, como eres, de un hombre que se dedicó a algo tan distinto, como era la pintura, el arte y todo eso…

Ivy sonrió, mientras el carruaje rodaba por Picadilly Circus, no lejos ya de los lugares donde el Soho se convertía, especialmente por las noches, en un barrio peligroso y de mala fama.

Ella miró al exterior velado por las brumas, y pareció estremecerse levemente.

—Hoy se ha hecho demasiado tarde —musitó—. Son casi las diez y media, Brian. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente en la Facultad de Ciencias Químicas?

—Bueno, quizá hubieras estado poco tiempo sin recuperarte, pero el doctor Montague creyó oportuno aplicarte un sedante, y dormirte cosa de hora y media mientras yo terminaba esos trabajos de experimentación en el laboratorio, para enviar el informe correspondiente al Real Centro de Biología. Era algo urgente. Luego volví junto a ti y nos vinimos, eso fue todo. Pero siempre estuvo cerca de ti el doctor Montague, en la planta inferior, trabajando en sus propias cosas. Y tú te limitaste a dormir apaciblemente en una de las alcobas destinadas a posibles pacientes. Todo eso carece de importancia. Además, aunque sea tarde, vas acompañada. Te aseguro que cuidaré bien de ti —se golpeó, riendo, la levita, bajo su desabotonado macferlán azul marino—. Incluso voy armado, para deambular de noche por el Soho. ¿Eso te tranquiliza algo, Ivy?

—Sí, creo que bastante —los gordezuelos labios de ella, de aquel suave rojo natural, goloso y cálido, se entreabrieron, exhibiendo sus bien alineados dientes, blancos e iguales—. Gracias, Brian. No sé qué sería de mí sin tu ayuda. Es Sid quien debería haber estado esta noche junto a mí, y no tú.

—Sid… —Brian apretó los labios, y su gesto se endureció. Entornó los grises, acerados ojos inteligentes, y sus cejas, tan oscuras como su cabello castaño, se unieron en un hondo pliegue, allá en su ceño. Repitió como con disgusto—: Sid… claro, él es tu prometido, el hombre que ha de ser tu esposo. Pero ya sabes cómo es Sidney Clemens. Siempre con sus fiestas sociales, brillantes y deliciosamente estúpidas y vacías. Se debe a su público, a su gente. Para eso es un notable actor y recita Shakespeare mejor que nadie en Inglaterra…

—A veces me pregunto, Brian, si serán compatibles la carrera de una química y de un actor —suspiró ella.

—Todo es compatible en este mundo, Ivy… si existe el amor por medio.

—Sí, tal vez tengas razón —convino ella, pensativa, con una sombra de sonrisa.

Brian la miró de soslayo. Preguntó, como si le costara trabajo:

—Tú… tú amas profundamente a Sid, ¿verdad?

—Le amo… y le admiro —asintió ella, despacio, moviendo su cabeza suavemente rubia y hermosa—. Empecé a admirarle cuando le vi aquel día, en Romeo y Julieta. Luego… le amé.

—Ya —Brian se echó hacia atrás en el asiento. Miró a su alrededor—. Querida, estamos llegando ya. Creo que no necesitaré por esta noche usar mi pistola para… ¡Hola! ¿Qué es eso?

—Lo siento, señor —habló una voz en la niebla. Y con el bailoteo de una lámpara de petróleo, asomó un *policeman* su familiar perfil en la noche, ante el carruaje, que el cochero acababa de detener—. Tendrán que doblar por esa esquina, si desean seguir. No hay circulación ahora por Archers Lane.

—Ya veo… —observó un carruaje con el distintivo clínico en su cubierta, otros dos carruajes con policías y agentes de paisano, luces y movimiento de gente en torno a un edificio inmediato. Brian indagó curioso—: ¿Qué es lo que sucede exactamente?

—Ha sucedido ya todo, señor —el policía dudó tras mirar a la joven y añadió breve—: Asesinaron a dos personas en su vivienda. Dos hermanos, hombre y mujer. Han sido terriblemente acuchillados.

—¡Qué horror! —Tembló Ivy Fletcher, irguiéndose, algo pálida.

—Pero no tienen nada que temer, señores —sonrió el policía—.

El asesino fue localizado, se resistió… y fue muerto a tiros en Kingston Lane, a seis manzanas de aquí. Todo ha terminado ya. Por favor, sigan por esa calle, se lo ruego.

Asintió el cochero, enmendado el rumbo del carruaje. El *policeman* saludó cortés a ambos, y se perdió en la niebla, mientras Ivy, trémula, eludía mirar algo que reflejaba la luz de las linternas policiales, allá a su derecha, en medio de la calle…

Algo intensamente oscuro, intensamente rojo, que, de haber seguido por el camino previsto, hubiese sido hollado por los cascos de los caballos y las altas ruedas del carruaje.

Sangre. Sangre humana, rastro de un espantoso crimen.

—Dios mío, Brian… —musitó ella, estremecida. Cerró los ojos—. Tengo miedo…

—Vamos, vamos —él puso con firmeza su mano en el hombro de ella, la bajó por su brazo, bien torneado, frío ahora, bajo el tejido delgado de su vestido claro—. ¿Es que vas a asustarte por algo que, desgraciadamente, sucede con harta frecuencia entre la gentuza de este barrio? Lo cierto es que deberíamos trasladamos lo antes posible a cualquier otro lugar de Londres, pero yo necesito esa cátedra de Biología para salir de apuros… y tú necesitas tu puesto en Químicas para lo mismo. Estoy seguro de que antes de un año, estaremos muy lejos de este laberinto de rufianes y asesinos.

—Dios te oiga, Brian —dijo la joven—. Si realmente sufro algo nervioso, creo que no soportaré mucho más en semejante vecindad…

El carruaje rodeó algunas manzanas, antes de detenerse definitivamente donde Brian señaló, con un leve golpe de su bastón de empuñadura plateada sobre el pescante.

—Hemos llegado —dijo, con voz exultante de confianza—. Vamos, Ivy, querida. Te dejaré en tu casa. Espero que tu vecina la señora Miller, esté aún levantada. Y más, teniendo tema de chismorreo hoy en el barrio.

Así fue, para suerte de Ivy. La señora Miller, la nueva propietaria de la planta alta del viejo edificio de Rupert Street, que apenas si llevaba allí dos años, tras adquirirlo a los albaceas testamentarios del antiguo dueño de aquel piso, permanecía en pie, y con la escalera iluminada por los mecheros de gas de las paredes empapeladas de verde oscuro.

—¡Oh, señorita Fletcher, qué gran suerte verla venir acompañada! —exclamó, corriendo a reunirse con ella, apenas oyó la puerta de la calle—. ¡No sabe cómo anda de revuelto todo el distrito con lo que ha sucedido esta noche en…!

—No se moleste en darnos detalles, señora Miller —sonrió Brian —. Hemos pasado ahora por el lugar del suceso y nos ha informado la policía. Además, a la señorita Fletcher no le conviene demasiado recibir emociones fuertes esta noche. Sufrió un desvanecimiento en la Facultad, y debe descansar.

—Querida, sí que lo siento. ¿Otro de sus molestos desmayos? —La rodeó, maternal, la señora Miller, acompañándola hacia su propia puerta, en la planta baja del vetusto edificio.

—Éste resultó algo más prolongado —se quejó Ivy, que continuaba muy pálida. Se miró la punta de sus zapatos abotonados, de alto tacón, con un estremecimiento—. Vea. Incluso debí golpearme y herirme. Llevo sangre en mi calzado…

—Oh, apenas nada —rechazó vivamente Brian—. Te golpeaste el rostro, y tu nariz sangró un poco. El doctor Montague lo arregló en unos segundos. Bien, Ivy, si necesitas algo más, yo…

—No, Brian, gracias, querido amigo —se volvió ella, con una dulce sonrisa, hacia el alto y arrogante biólogo que la condujera hasta allí—. Creo que me acostaré, después de tomar algo caliente, y mañana me sentiré mejor.

—Yo misma se lo prepararé, hijita —aseguró la señora Miller con energía, ayudándola a abrir la puerta—. Señor Lane, puede irse tranquilo. Deja a su amiga en buenas manos. Por cierto, ¿sabe algo de esto el señor Clemens?

—¿Sid? —Negó ella con la cabeza, bajando los ojos—. No, no, señora Miller. Él… él tenía una recepción social hoy, en el Victoria Palace. Ya sabe, los actores como él…

—Sí, ya sé —cortó secamente la señora Miller. Y, con un suspiro, miró a Brian por encima del hombro dé la joven, sacudiendo la cabeza, muy expresiva.

Entró con Ivy en el piso inferior. Se cerró la puerta tras de ellas dos. Brian respiró con alivio. Sabía ahora que la joven estaba en buenas manos. La maternal, madura, fea y chismosa señora Miller, podía ser una vecina molesta a veces por su afán de meterse en vidas ajenas, pero evidentemente, era una gran ayuda, en

momentos en que se precisaba de alguien dispuesto a deshacerse en atenciones.

Caminó hasta la acera neblinosa. Cerró tras de sí la puerta de la vieja casa de Rupert Street. Se abotonó el macferlán. La humedad era tan elevada, que hacía sentir un frío sutil calando hasta los huesos. Alrededor, la calle era como un mundo fantasmal, sin formas ni colores que no fuesen el gris humeante de la bruma londinense.

Recordó la expresión de la señora Miller, al hablarle de Sidney Clemens, el prometido de Ivy. Sacudió la cabeza también Brian, ahora a solas, mientras subía al coche de nuevo.

«Me gustaría saber, realmente, en qué aventura galante anda metido ese desvergonzado de Sidney Clemens», se dijo entre dientes Brian Lane, antes de que el carruaje arrancase, perdiéndose en la niebla.

* * *

Era una de las jóvenes pelirrojas, opulentas y descocadas que gustaban a Sidney Clemens. Especialmente cuando había tomado unas copas de más.

Se apartó de él, riendo y tomó de nuevo la copa de champaña.

—Oh, eres un encanto, mi guapo amigo —dijo ella, entre risas, derramando la mitad del espumoso y dorado líquido por el suelo, y la otra mitad en sus labios gruesos y sensuales. Después, tiró la copa, rompiéndola contra la pared, y se arrojó en brazos de Sidney.

El joven y rubio actor, ídolo de los espectadores shakesperianos del viejo Teatro del Globo, y también no menos idolatrado por las damas de toda condición social, dado su físico atractivo y presuntuoso, se apresuró a envolver a la criatura exuberante entre sus brazos, en un tumultuoso choque apasionado.

—¡Maldito estúpido borracho y mujeriego! —Sonó la voz como un trallazo.

Y Sidney Clemens apartó bruscamente de sí a la pelirroja de turno, sin importarle que sus bien dotadas curvas rodasen por la alfombra lastimosamente, para volverse, congestionado de ira y de sorpresa, hacia la persona que acababa de aparecer, fría la

expresión, en la puerta del reservado.

—¡Tú! —aulló—. ¿Qué diablos haces aquí, maldita seas?

La mujer alta, elegante y señorial, le contempló glacialmente. Señaló luego a la pelirroja meretriz, con desprecio.

—Sé que te gustan a veces esa case de fulanas —silabeó con voz seca, acerada, que poco mostraba de femenino en ese momento. Se envolvió mejor en su amplia capa oscura, de un azul cobalto majestuoso casi, como sintiendo náusea de todo aquello, y temiendo que el aire mismo del reservado la contaminase de inmundicias, pese a su lujo, su empapelado suntuoso, color granate, sus cortinajes de terciopelo y los marcos dorados de espejos y de eróticos cuadros sin el menor valor artístico. Ella entornó los ojos claros, centelleantes y duros—. Pero más te valdría quitar de tu vacía cabeza todos los vapores alcohólicos que la embotan, para que recordases la hora que es… y lo que tienes que hacer esta noche, imbécil.

Sidney Clemens, el hombre altivo, el irascible y caprichoso actor shakesperiano, mimado de la sociedad victoriana, pareció reaccionar humildemente ante la injuria. Miró a la dominante mujer de la entrada, luego hacia su chaleco desabotonado, de uno de cuyos bolsillos extrajo el reloj de macizo oro grabado, cuya tapa alzó.

—¡Las once! —aulló, casi recuperado de todo signo de embriaguez—. ¡Las once, Kay!

Debo… debo ver a *sir* Edgar, a su hija…

—Menos mal que vas recordando algo, maldito estúpido —masculló ella con acritud.

Clemens se apresuró a anudar su lazo, a abotonar el chaleco, a tomar su levita, su macferlán, su sombrero de alta copa de reflejos, su bastón… La pelirroja se lanzó en sus brazos, ronroneante, tras mirar con disgusto y despecho a la elegante dama de la entrada.

—¡Oh, cariño, no puedes… no puedes dejarme ahora…! —susurró ella, apretándose contra él, buscando sus labios.

—¡Calla de una vez y déjame en paz! —farfulló Clemens, apartándola de sí con brusquedad. Luego, rebuscó en sus bolsillos, halló un billete de diez guineas y lo dejó caer sin mirar donde iba a parar, mascullando algo entre dientes, y saliendo rápido del reservado, tras de la dama llamada Kay, cuyo majestuoso vuelo de

la capa azul cobalto, desaparecía con un crujido, por la puerta del reservado, hacia el exterior.

La pelirroja buscó por el suelo y encontró el billete. Sonrió, tomando la botella mediada de buen champaña francés, y bebiéndola impúdicamente, sin copa siquiera, como si fuese simple ginebra.

—Bastardo asqueroso… —farfulló, chorreando champaña sus labios—. Al menos, se sintió generoso al irse. Esa mujer parece dominarle mucho. Me gustaría saber más de esa harpía tan elegante.

Y siguió bebiendo, hasta vaciar la botella, empapando sus ropas, su cuerpo y su garganta con el buen champaña burbujeante.

CAPÍTULO III

Ivy se despertó.

Sentía un tremendo dolor de cabeza, a pesar del calmante que le administrara cariñosamente la inevitable señora Miller. Ella decía, incluso, que había sido enfermera en su juventud, aunque Ivy lo dudase.

Tal vez no le administró suficiente para dormir de un tirón toda aquella terrible noche. O quizá ella misma superaba los efectos del sedante, hasta el punto de despertarse totalmente despejada.

Se incorporó en el lecho. Miró el vaso de leche, pensando en tomar un sorbo, con otra tableta calmante. Desechó la idea. La señora Miller decía que era mala cosa saturarse de fármacos, y en eso sí que tenía razón. Ella, como conocedora de la química, sabía que era cierto.

Pero el dolor de cabeza sí le molestaba profundamente. Se puso en pie. Se cubrió con una amplia bata de tejido liviano. Paseó por el dormitorio. Arriba, el silencio era completo. La señora Miller sí que dormía como un lirón. Sin somníferos ni nada de eso.

Salió de su alcoba. El piso bajo era demasiado amplio. Quizá por eso, los viejos propietarios de la finca, la dividieron en dos propiedades, una por planta. La de arriba, tenía un terrado asomado a Rupert Lane. La de abajo, el patio o jardincillo posterior, con su cobertizo.

Se estremeció Ivy Fletcher.

El cobertizo…

Siempre que pensaba en él, le sucedía algo así. Y no sabía por qué.

Seguía cerrado. Precintado incluso.

Tal y como él lo había querido. Se lo había hecho prometer antes de morir:

—Prométemelo, Ivy, hija mía… Jura por mí, por tu padre que

nunca entrarás ahí… Que jamás utilizarás ese cobertizo…

Ella había querido saber por qué. Era extraña la petición de Ralph Fletcher, el pintor fracasado. Pero él era su padre. Y le debía esa promesa, en el momento en que su dolencia iba a terminar para siempre con su persona, minada por el mal alojado en sus pulmones. La tuberculosis era la gran vencedora del bohemio e incorregible Ralph Fletcher.

Y se lo prometió:

—Sí, papá —dijo—. Te doy mi palabra. Cómo eres mi padre, que así lo haré, pero… ¿por qué debe ser así?

—No preguntes, hija. No preguntes nada —jadeó el moribundo entonces—. Guarda ese cobertizo malos recuerdos para mí. Por eso lo hice precintar. Sólo te pido esa promesa. Y preferiría que tu promesa… fuese… algo diferente. Dime, por ejemplo, Ivy, que… que…

Nunca supo en qué términos deseaba su padre la promesa. Ralph Fletcher sufrió entonces la última hemoptisis. Y falleció.

Ivy cerró los ojos, tratando de apartar viejos recuerdos de su mente. Eso aumentaba su dolor de cabeza. Hacía años, además. Varios años de ello. Y había sido fiel a la palabra dada. El cobertizo seguía cerrado. Precintado. Durante años. ¿Cuántos? Siete… No, seis y un poco más. Ella tenía entonces catorce años. Casi quince.

Eso le hizo recordar. Se oprimió las sienes.

—Oh, tonta de mí… —musitó—. Mañana… es mi cumpleaños. Mi mayoría de edad, como dice la ley inglesa… Veintiún años… ¿Qué puede importarme la mayoría de edad? Llevo más de seis años sin familia, sin deberme a nadie, valiéndome por mí misma…

Fue al armario. Eligió un poco de polvo de un frasco. Era ácido acetil-salicílico. Lo ingirió con un sorbo de agua. Esperaba que calmase su dolor de cabeza.

—Debería celebrarlo con Sid —musitó—. Un pastel, veintiuna velas, champaña, música… Y bailando con Sid…

Cerró los ojos. Vio a Sid con su tonelete, en Romeo. Y vestido de negro, rubio y majestuoso, en el torturado príncipe de Dinamarca. Y gordo y risueño en Falstaff. No logró verle en sus brazos, bailando en un reservado, con champaña francés, con música de violines…

No. No le era posible. La silueta de Sidney se hacía brumosa. El rostro no era ya altivo y guapo. Era enjuto y enérgico. No era rubio

y sensitivo. Era castaño, viril, decidido.

—Brian… —murmuró—. Mi pobre amigo Brian… Tal vez tenga que celebrarlo sólo con su compañía… si es que logro verle antes, para hacerle saber el día que es mañana…

Volvió a contemplar el cobertizo precintado. Arriba crujió la cama de la señora Miller. Ivy sonrió irónica. Regresó lentamente a su lecho. Trató de dormir.

Y durmió.

Pero inesperadamente, su sueño se llenó de pesadillas. Rojas pesadillas de sangre. Sangre en un charco, en medio de Archers Lane… Una mujer y un hombre acuchillados, con los ojos desorbitados… Un asesino muerto a tiros, allá en una calleja…

Sangre…

Y en sus sueños, se veía ella misma corriendo, corriendo sobre un suelo empedrado, salpicado de manchas rojas.

Manchas rojas, como las que goteaban en las punteras de sus zapatos abotonados, mientras corría, corría y corría, por un angustioso dédalo de callejuelas húmedas, huyendo en la noche, en la niebla.

Huyendo de algo o de alguien que ni siquiera sabía qué o quién podía ser.

* * *

El doctor Cedric Montague miró pensativo a Brian Lane.

—Sí —convino lentamente—. Creo que son algo más que nervios, muchacho.

Hubo un pesado silencio en el despacho del médico. Por los altos ventanales, penetraba un sol tibio, entre leve neblina matinal. Londres no parecía mucho más bello, pero sí más alentador que durante las noches como la anterior.

—¿Qué exactamente, doctor? —se interesó Brian vivamente.

—Digamos… digamos que algo poco concreto. Ninguna dolencia definida.

—No lo entiendo… —Brian enarcó las cejas, aproximándose al médico a través del amplio y no demasiado suntuoso despacho. Pareció examinar el reflejo plateado del canoso, pulcro y ondulado

cabello del médico, bañado en la luz dorada y tenue del sol de la mañana, al tiempo que proseguía—: Temí que pudiera ser algo cardíaco.

—No, no lo creo —rechazó el doctor Montague con énfasis—. Más bien me inclino por algo… mental.

—¿Mental? —Se sobresaltó Brian.

—Sí, pero no se asuste, mi joven amigo —rió de buena gana el médico—. No pretendo darle a entender que su amiga peligre por demencia, ni nada parecido. No, es algo mucho más sutil e inconcreto. Más leve también, por supuesto. Mucho más. Yo diría que ella padece algo psíquico, quizá heredado. Una especie de trauma inconsciente de su adolescencia o de su infancia.

—Pudiera ser —suspiró Brian—. Todos saben que Ralph Fletcher pudo ser un gran pintor. La ginebra y el ron hicieron de él una piltrafa y un pintor mediocre y confuso. Y un tuberculoso que murió joven. Esas cosas, a veces, dejan huella. Al parecer, la madre de Ivy le abandonó con la niña, por alguna oscura razón. Sí, doctor Montague. Ivy ha debido sufrir mucho de niña, aunque se esfuerce en olvidarlo y luche por sí misma, con admirable energía.

—Precisamente esa situación anímica, esos recuerdos que desea ahogar, sean el origen y motivo de su trauma oculto, de su… confusión mental que, sin darse ella cuenta, desequilibran su psiquis y le causan esos desvanecimientos o pérdidas de consciencia, cada vez más frecuentes —el doctor Montague sacudió su noble, canosa cabeza, con aire reflexivo—. No sé, Brian. Es muchacha que necesita de mucha ayuda, de mucha comprensión y afecto por parte de los demás. Sé que es usted un gran amigo suyo, pero eso no es todo. Si se casara, y pronto, quizá mejorase definitivamente incluso.

—Casarse… —Brian apretó los labios. Inclinó la cabeza—. Tiene novio: Sidney Clemens.

—Oh, sí. Sidney Clemens, el actor. El gran intérprete de Shakespeare —el tono del médico se hizo dubitativo. Y, a la vez, sarcástico—: No sé, Brian. Desearía que fuese el hombre ideal para ella. Pero esos actores… ¿Sabe ya cuándo piensan casarse?

—No —negó Brian, ceñudo—. Que yo sepa, Clemens no le ha dicho nada concreto aún.

—Conozco a Clemens. Mi esposa admira grandemente su arte. No se pierde una sola función de El Globo. Pero dudo que vaya

seriamente con Ivy.

—¿Qué quiere decir?

—Usted me entiende, Brian. Sidney Clemens es un mimado de la gente. Ambicioso y engreído. Busca gloria, fama… y fortuna.

—Fortuna —Brian entornó los ojos—. Su arte puede dársela.

—No creo que sea tan paciente. Hay muchachas hermosas y muy ricas en la sociedad londinense que darían su mano derecha por una boda rápida con el gran Clemens, el joven genio de la escena.

—¿Quiere decir que…?

—No quiero decir nada concreto, Brian. Ni espero que usted le insinúe a su amiga Ivy nada de esto, pero… —se inclinó hacia él, confidencial—. He captado rumores. Sobre una bellísima joven, inmensamente rica: Judy Knox, hija de *sir* Edgar Knox… A Sidney Clemens se le ha visto varias veces con ella… y Lord Edgar no parece molesto con esa relación.

Brian miró fija, fríamente, al doctor Montague. Daba vueltas a su sombrero gris, de fieltro, entre los dedos. Enérgico, declaró con acritud:

—Gracias por todo, doctor. Por el diagnóstico… y por el informe.

Se encaminó a la salida, ante la sorpresa e inquietud del médico.

—Eh, espere —le interpeló Cedric Montague—. ¿Adónde va, muchacho?

—A ver a Sidney Clemens, esté donde esté ahora —silabeó el joven Lane—. Me tendrá que aclarar eso de una vez por todas.

La puerta, al cerrarse tras él, lo hizo con violento impacto.

* * *

—Estás borracho, Sid…

—¿Borracho? —Él soltó una risa y una vaharada de alcohol. Luego, sacudió la cabeza—. No, no. No estoy más que algo bebido, Polly…

—Es igual. Bebido o borracho. Para mí, todo tipo cargado de alcohol es igual —Polly Perkins se puso en jarras. Sacudió su cabeza de melena rizosa, platinada. Adelantó el torso, miró en derredor, al local medio vacío, con la inevitable neblina de humo de tabaco, y el

agrio olor a cerveza derramada. Sacudió la cabeza, mirándole—. Mira; está anocheciendo ya. Deberías estar fuera de este sitio.

—¿Qué te pasa? —farfulló Sidney Clemens, irguiendo su rubia cabeza, con torpe expresión—. ¿No te gusto acaso? ¿Te molesto aquí?

—Sabes que no es eso —la matrona rubia, exuberante y sensual, acarició la cabellera dorada del bello actor—. Pero dijiste que tenías cosas urgentes que hacer esta noche. Y no te convenía quedarte aquí, por si alguien te encuentra. Alguien que te busca, ¿recuerdas?

—Oh, sí… —pesadamente, sacudió otra vez la cabeza Clemens, tratando de aclarar sus nebulosas ideas—. Brian Lane. Ese pobre necio enamoradizo y torpe. Brian Lane, que trata de salir de su mediocridad estudiando, estudiando y estudiando, como una rata de laboratorio. Es un cobaya. Todos lo son. ¡Todos! Incluso ella, esa maldita muñeca frágil y tonta…

—Está bien, allá tú con tus líos de amigos y amiguitas —cortó Polly con ira, inclinándose hacia él—. No quiero jaleos en mi taberna. Ése que te busca estuvo aquí por la mañana. Y sé que estuvo en otros sitios, incluso en tu propia casa varias veces, sin dar contigo. En el teatro le dijeron que llevas varios días sin ir a ensayar *La doma de la indómita*. Que no andas muy bien, lo cual significa para cualquiera que te conozca, que recitas a Shakespeare entre trago y trago, en las mesas de las tabernas de todo el Soho. El tal Brian Lane parece un tipo duro. Me gustó su aspecto. Lo malo es que también me gustas tú, maldito imbécil sin espíritu ni carácter. Sé que vas a casarte con esa millonaria, hija de un noble. Lo sabe todo el mundo.

—Todo el mundo —farfulló con ira Clemens—. Vete al diablo, Polly. No me importa que lo sepan todos. Esta tarde recibirá Ivy su carta. La carta que yo le escribí esta misma mañana, estaré pronto en sus manos, si no lo está ya. Y sabrá que el compromiso está roto. Le devuelvo su palabra y rompo toda relación. No me interesa tener por esposa a una miserable chica sin una sola guinea.

—Tú siempre buscando algo que ganar, ¿eh, Sidney? —dijo Polly, sarcástica.

—Sí, siempre… —rió entre dientes Clemens—. Así se llega lejos. Tú lo entiendes. Y me entiendes, ¿verdad, querida?

—Quisiera entenderte y no puedo. Pero me gustas —se inclinó y

le cubrió de besos el rostro y los labios, el cabello dorado y la nuca —. Me gustas, y eso basta. Te acepto como eres. El resto de tu vida y de tus cosas no me importa. Yo me conformo contigo. Pero ahora, vete. Ese hombre, Brian Lane, volverá por aquí. Es mejor que no te vea, o todo será peor.

—El caballero andante de los laboratorios de Londres… —soltó un hipo agrio Clemens, y se incorporó, ayudado por ella—. Es un necio, un estúpido romántico. Pero pega fuerte. Muy fuerte. Es duro el tipo. Sí, Polly, querida. Será mejor… que no me vea aquí…

Ayudado por ella, se encaminó hacia la puerta posterior de Polly's Pub, la cantina de Duck Lane. Iba algo tambaleante, pero sin perder el equilibrio, como hacía cuando estaba realmente ebrio.

—Al diablo con esa chica, Ivy Fletcher —masculló entre dientes —. Es… muy hermosa. Mucho. Pero no tiene… una sola guinea. Ni la tendrá nunca. Siempre metida en… en esa maldita casa oscura de este sucio barrio… para toda su vida. No… no me conviene… Judy… Judy tiene dinero… Tú tendrás dinero, Polly. Seguro que tendrás dinero, regalos… cuando yo sea el marido de la hija de *sir* Edgar Knox… Ello será el mes que viene…

—Veo que te das prisa en subir escalones, ¿eh, Sid? —Rió ella, abriendo la puerta de atrás, a la callejuela llena de basuras.

—Claro que me doy prisa. Siempre tuve prisa… por llegar a lo más alto —rió estúpidamente él—. Con Ivy no iba a ninguna parte. Judy es distinta. No me atrae tanto, pero… pero es rica. Muy rica… Ya tendrá mi carta… Ya sabrá que no quiero casarme con ella… Yo sólo quiero el dinero de Judy… Te quiero a ti… y a Kay…

—Kay… —Polly le miró fijamente, ya en el umbral asomado al brumoso callejón salpicado de montones de basuras y recipientes de fétidos desperdicios, por entre los cuales corrían indistintamente gatos o ratas—. ¿Quién es Kay?

—¿Kay? Oh, es adorable, dominadora, fuerte… No es tan acariciadora como tú… ni tan femenina como Ivy, ni tan rica como Judy… Pero Kay… es diferente… a todas… Kay…

Salió a la callejuela, hablando entre dientes. Polly le contempló largamente. Sacudió su platinada cabeza de lado a lado. Volvió al interior, sintiendo un leve escalofrío, más producto de la humedad que del frío. Cerró la puerta vidriera. Miró al salón vacío. Aún era pronto. Acababa de caer la tarde. Algunas farolas de gas no habían

sido encendidas todavía. Los faroleros deambulaban por el Soho, prendiendo las luces con sus largas pértigas encendidas. Las sombras de la noche caían sobre el atardecer grisáceo y espeso de Londres.

Más tarde, al acercarse la peligrosa medianoche del Soho, aquella taberna se llenaría de mujerzuelas pintarrajeadas, hombres del puerto, truhanes y borrachos, bohemios y gentuza, en extraña mescolanza. Pero eso formaba parte de su negocio. A Polly Perkins le tenía sin cuidado la clientela, siempre que ésta dejase dinero en su registradora.

Y eso, en una noche del sábado como la actual, era algo casi inevitable. Haría una buena recaudación, eso seguro.

Se sorprendió al ver en el mostrador a su único cliente actual. Se puso en jarras, avanzando hacia él.

—Eh, hoy vienes demasiado pronto, Otis… ¿Qué quieres tomar?

—Una cerveza, preciosa —rió el hombrecillo canoso, de lentes oscuros, falto del brazo derecho, sujetando con su único brazo, el zurdo, la caja de música con manubrio con la que se ganaba unas monedas, de calle en calle del Soho durante la noche. Su mirada vaga, tras los ovalados vidrios oscuros, se esforzaba en mirar a la espléndida platinada que era Polly Perkins.

Sólo podía apreciar una forma difusa y opulenta, en la bruma opalescente de los ojos defectuosos del desventurado. Pero eso le bastaba. Silbó soezmente entre sus dientes amarillentos de mal tabaco. Hizo un gesto con su brazo en el aire, dejando el manubrio en el mostrador de estaño.

—Eres un encanto, Polly —dijo.

—¿Qué sabrás tú? —Se encogió ella de hombros. Se miró en un espejo, acariciando sus caderas mecánicamente—. Encanto… Eso debería decirlo Sid. Pero a él le gustan otras. Maldito sea… Ivy, Judy, Kay… Sobre todo Ivy… Y esa Kay… ¿quién será, que tal autoridad tiene sobre él?

—¿Ivy? ¿Kay? ¿De quiénes hablas? —Rió el viejo músico callejero—. ¿Celos, Polly?

—Vete al infierno —le sirvió su cerveza—. Toma y lárgate pronto. Me gusta estar sola.

—Entonces, pon otro negocio —rió el músico llamado Otis—. Una funeraria, por ejemplo.

—Tienes un sentido del humor delicioso —se enfureció ella, inclinándose sobre el mostrador. Puede que Otis no tuviera mucha visión en sus ojos, pero sí tenía intuición para ciertas cosas. Alargó su única mano, audazmente, y recibió a cambio un bofetón de Polly, que le reprochó, con enfado—: ¡Eh, tú, las manos quietas, desgraciado! Termina esa cerveza y vete pronto. Habla de muertos en otro lugar, no vayas a darme la mala suerte.

—No seas ridícula —dijo el músico, apurando su jarra de dorado líquido espumoso—. Hablé de eso porque pronto vamos a necesitar una Morgue especial en el Soho. El Depósito Municipal es insuficiente. Hay demasiadas muertes violentas cada día. En cuanto a la Morgue de Frith Street, del viejo Globe Hospital, pronto van a cerrarla. Y con tantos crímenes como los de anoche, cuando acuchillaron a los Leigh… Sí, creo que haría falta un nuevo depósito de cadáveres, rubia.

Le tiró otro manotazo y recuperando su manubrio con una risa picara, en tanto Polly le decía algo malsonante, el músico Otis abandonó la taberna, perdiéndose en la niebla.

La puerta vidriera se cerró tras el organillero. Éste caminó por la acera. Se cruzó con alguien cuya falda crujió sobre el taconeo breve y rápido. El músico se paró en seco. Pareció olfatear el aire brumoso y azul en torno. Meneó la cabeza. Un aroma a flores silvestres hirió su deforme nariz. Pareció recordar algo. Dudó, antes de seguir alejándose de la cantina. La puerta vidriera volvió a abrirse y cerrarse tras de él.

—Oh, allá Polly con sus clientes. Juraría que esa mujer que me rozó… —se detuvo, indeciso, como sobresaltado. Luego, hizo un encogimiento de hombros. Y empezó a dar vueltas a la manivela de su caja musical, haciendo sonar las notas sincopadas, monocordes, de su manubrio. Su voz se perdió, mezclada con la musiquilla, en la densa bruma nocturna, salpicada de luces espectrales y aisladas—: No, no puede ser… Será una casualidad. Hay tantas mujeres con esos perfumes encima…

Se hundió en la niebla. Se alejó.

Con ello, él no podía saberlo. Pero acababa de inclinar la balanza del destino, dejando perder en ella el peso de una vida humana.

La vida de Polly.

O salvando, quizá, otra vida: la suya propia.

CAPÍTULO IV

—Vaya, hoy madruga la parroquia —dijo Polly Perkins, volviéndose sorprendida—. ¿Qué va usted a tomar?

Se sorprendió más aún. En vez de encontrarse con uno de sus habituales, fuese del sexo que fuese, halló toda una dama. O, cuando menos, lo parecía.

Una pamela rojo oscura, del color de la grana, cubría sus cabellos. Un velo de tul espeso, nublaba sus facciones. Unos guantes se apoyaban en el mostrador, envolviendo unas manos suaves y delicadas. Guantes de piel gris, de lujo. Ropas de lujo. Grises y grana.

—Algo dulce —pidió una voz profunda, femenina, casi melosa— pero excitante, Polly.

—¿Conoce mi nombre? —Se extrañó la platinada cantinera, con aire de sorpresa—. Juraría que no es cliente mía habitual, señorita… señora.

Su interlocutora no pareció inmutarse. Ella sólo respondió, apacible, agitándose levemente el velo al roce del aliento, cuando musitó la frase:

—Señorita. Señorita Hyde.

—Bien, señorita Hyde. ¿Dijo algo dulce? Tengo por aquí algunas bebidas… pero dudo que haya algo dulce. Lo dudo mucho.

Rebuscó entre las botellas, ante el silencio de su cliente. Detuvo la mano delante de un recipiente color amarillo limón. Lo tomó, curiosa, soplando el polvo que contenía sobre el vidrio.

—Vaya, aquí tenemos algo… «Néctar de Menta», dice la etiqueta.

Recogió una copa, situándola en el mostrador. La llenó de un licor denso y transparente, color esmeralda límpido. Hizo un gesto de repugnancia, cerrando de nuevo la botella y volviéndola a su estante.

La cliente no dijo nada. Su mano enguantada tomó la copa. Parecían los ojos invisibles estudiar aquel verde cristalino contenido en el recipiente, cuyo aroma a menta tenía también un olor dulzón.

—Creo que estará bien —suspiró la voz profunda, bajo el velo.

—Sí, seguro —afirmó con sequedad la cantinera—. Es dulce y aromático. Creo que es la primera copa que sirvo en toda mi vida, desde que abrí este negocio.

Curiosa, mientras fingía limpiar las estanterías, observó a la dama que dijera llamarse señorita Hyde. Ella alzaba lentamente su velo. Iba a beber el licor.

Polly Perkins, de soslayo, la miró.

Al ver su rostro, le cayó de las manos la botella que fingía situar en hilera, entre otros envases alineados en los recipientes. Se quebró con un estrépito seco, derramándose su contenido.

—Oh, cielos… —jadeó, pretendiendo disimular torpemente, con el rostro repentinamente pálido y tenso.

—¿Qué le ocurre, querida? —preguntó fríamente la dama situada al otro lado del mostrador de la vieja cantina del Soho londinense.

—No, nada… —se estremeció, intentando no mirar a la otra, que había puesto sobre el estaño su bolso, abriéndolo para depositar un billete arrugado junto a la copa de licor verde—. Creo que me resbaló…

—Seguramente sea el sudor —dijo la cliente—. Hay mucha humedad. Y está usted sudando.

La señorita Hyde no probaba el licor. Polly, se tocó el rostro, retirando sus dedos mojados de transpiración. Como fascinada, no retiraba sus ojos de aquel rostro femenino, súbitamente adivinado bajo el velo, casi sin llegar a apreciarlo totalmente. Y, sin embargo, la señorita Hyde no llegaba a levantar del todo su velo sobre el ala de la pamela emplumada, color granate y gris.

—Sí, seguro que es eso —admitió, temblorosa, Polly, sintiéndose cada vez más incómoda ante la mirada de su cliente, que adivinaba taladrante, bajo el velo—. Seguro que es eso…

La señorita Hyde, sonrió. Aquella sonrisa tenía algo extraño. Luego, levantóse el velo bruscamente, con ambas manos.

Y se encontró la cantinera ante el rostro hasta entonces oculto de su cliente.

Lanzó un largo grito ronco, un gemido brusco, y se encogió, con los ojos desorbitados por la angustia y el horror.

—¿Qué le pasa ahora, Polly Perkins? —habló la dama cuyo rostro provocara aquella extraña reacción en su interlocutora—. ¿De qué se ha asustado?

Retrocedió contra las estanterías Polly, lívida. La mueca siniestra de aquella faz alucinante, estaba como fija en ella, igual que unos ojos que…

—No, nada… —susurró ahogadamente la cantinera—. Nada…

La mano enguantada de la señorita Hyde se había vuelto a hundir en el bolso. Y cuando reapareció, algo brillaba, centelleante, entre sus dedos…

Polly lanzó un grito ronco. Un grito quebrado, lleno de terror asfixiante. Era fuerte, rolliza, pero vio algo inquietante, algo anormal en su rara y solitaria parroquiana de primera hora.

Miró con angustia a la puerta vidriera, de diversos colores. Y observó algo más aterrador todavía. Algo que no había descubierto antes.

El pestillo estaba corrido.

Ella, al cruzarse con Otis, el organillero de las callejuelas del Soho, había entrado, cerrando la puerta sin que ella misma lo advirtiese.

Nadie podía entrar en la taberna, a menos que forzase la puerta o rompiera los vidrios. Nadie acudiría en su ayuda, a menos que sus gritos llegaran afuera, y alguien quisiera ir en su socorro.

Pero no confiaba en nada de ello. Un pánico repentino la asaltó, especialmente tras ver aquella faz insólita y terrible que descubriera bajo el velo de la pamela granate.

Por eso intentó escapar.

Lo intentó por el único camino posible: la salida del angosto y largo mostrador. Cuando llegó al final, allí estaba la señorita Hyde.

Con su arma de acero punzante en la mano, con su expresión terrorífica en el rostro más alucinante que jamás pudiese imaginar Polly…

Otro alarido ronco escapó de la garganta de la tabernera que, rápida, aferró una botella de ginebra, y la estrelló contra el mostrador, enfilando con sus vidrios punzantes hacia la dama misteriosa e inquietante.

—No te valdrá de nada, Polly Perkins —silabeó con voz ronca la extraña mujer—. De nada, preciosa…

Polly sabía ahora que era su vida la que estaba en peligro. Aquella hoja de acero, punzante y afiladísima, era como un destello cruel y malévolo, en una mano crispada, acaso feroz y despiadada, dispuesta a herir, a matar…

Por eso atacó con la botella rota el rostro que le causara tanto terror. Se lanzó en tromba sobre la dama de traje gris…

Una risa aguda, sarcástica, maligna, resonó en la vacía taberna. Luego, la botella astillada se hincó en la madera de un panel, quedándose allí incrustada. Polly intentó desprenderse, extraerla. Pero había sido tan fuerte su impulso y tan ágil la finta de su parroquiana, que no pudo hacer nada.

Cuando la señorita Hyde cayó sobre ella, con su hoja de acero, perforándola el corazón, no le fue posible evitarlo.

Se quedó rígida. Su boca se abrió, sus ojos se desorbitaron. La hoja de acero saltó de nuevo, fuera de la hendidura, que fue como un manantial de sangre…

La asesina se encaminó a la puerta trasera. La abrió, con una risa maligna. Salió de la taberna, perdiéndose en la niebla, con rápidas pisadas huecas sobre el empedrado.

Lejanos, llegaban los ecos monocordes de un manubrio callejero, en alguna esquina perdida de la niebla del Soho.

Dentro de Polly's Pub, todo eran vidrios rotos, licor derramado, y un cuerpo encogido, convulso, con la mirada desorbitada fija en la nada, con las venas vacías de sangre y de vida…

El Big-Ben, emitió lentamente ocho campanadas.

* * *

—Las ocho y media, señorita Fletcher —dijo Maisie Miller, con un suspiro, entrando con una taza humeante de caldo—. Acaban de dar en el reloj de mi gabinete. Veo que el suyo está algo adelantado…

—Déjelo —musitó, muy pálida, Ivy Fletcher, tendida en el lecho. Giró la cabeza, y contempló la familiar esfera de porcelana, con cifras romanas, donde las agujas señalaban ya las nueve menos

veintidós minutos. Trató de sonreír levemente—: Así no llegaré tarde el lunes a la facultad…

—Olvídese de la facultad, hijita —suspiró la señora Miller, sentándose junto a ella. Sacudió la cabeza, y dejó el caldo sobre la mesilla—. ¡Señor, qué fecha de aniversario! ¿Por qué no dejó que llamase, cuando menos, a su amigo el señor Lane?

—No, no merece la pena. Algo estará haciendo, cuando no viene. Además, él no tiene la obligación de venir a verme cada día. Es sábado, tendrá sus amistades, quizá una chica que le espere…

—Ninguna podrá ser tan bonita como usted, hijita.

—Pero yo estoy comprometida… —cerró sus ojos, con amargura —. Aunque sea con un hombre como Sidney Clemens, que siempre tiene algo que hacer, menos ver a su novia…

La señora Miller no hizo comentarios. Dio vuelta a la taza de caldo, esperando que se enfriase. Luego, estudió pensativa a la muchacha.

—¿Se encuentra mejor ahora? —indagó—. ¿O prefiere que llame al doctor Montague?

—No, por Dios —rechazó ella vivamente, irguiéndose—. No llame a nadie, señora Miller. Es mejor así…

—Pero ha vuelto a desvanecerse. Si no se me ocurre bajar a verla, Dios sabe lo que hubiera estado ahí, tendida en el suelo, enfriándose acaso…

—Por favor, no me hable de eso —rogó Ivy apagadamente—. Prefiero no saber nada. Sólo recuerdo que estaba arreglándome para salir a dar un paseo cuando… cuando debió suceder. Perdí la noción de todo. Y así hasta despertar aquí, con usted al lado… ¿Cómo abrió la puerta de mi piso?

—No hizo falta, hijita. Estaba abierta —Maisie Miller sacudió la cabeza, mirando al suelo de la entrada—. Y debía de estar usted herida, aunque no he advertido dónde.

—¿Herida? —Se sobresaltó Ivy. La miró, fija—. ¿Por qué dijo eso, señora Miller?

—Bueno, había huellas de sangre en las baldosas… y en su mano derecha —se encogió de hombros, con un suspiro, y se levantó, alzando de una papelera unos trapos arrugados, enrojecidos levemente—. No debe preocuparse. Ya lo limpié todo.

Se estremeció hondamente Ivy. Desvió la mirada de la sangre,

sintiendo que todo daba vueltas. La vecina tiró otra vez los trapos enrojecidos, con disgusto.

—No debí mostrárselos —dijo, entre dientes, refunfuñando—. ¿Se va a tomar ese caldo, querida?

—Sí, gracias. Por favor, vaya usted a hacer sus cosas. Si la necesito, ya la avisaré.

—Está bien, como quiera —se encaminó a la salida—. Pero insisto en que debería ver a ese muchacho, a Brian Lane, y no esperar a su… Oh, bueno, perdone por meterme donde no debo.

Su figura levemente encorvada, aunque fuerte y segura de sí, abandonaba ya el piso en el momento justo de sonar el campanilleo suave y musical de la entrada. Alguien llamaba.

—Debe ser Sidney… —se animó la mirada de Ivy, incorporándose—. Por favor, señora Miller, hágale pasar, se lo ruego.

Se arregló los cabellos dorados oscuros, se apoyó en las almohadas, sentándose en la cama amplia. La señora Miller volvió con un desconocido, y toda alegría escapó de nuevo de los ojos azul oscuros de Ivy Fletcher.

—No es el que usted esperaba —suspiró la incorregible chismosa que tenía como amable vecina—. Dice que es el señor Mansfield. Neil Mansfield, abogado…

—¿Abogado? —preguntó ella, curiosa.

—Eso es —afirmó la señora Miller. Miró desconfiada al hombre alto, maduro, medio calvo y de pálido rostro enjuto, con lentes de pinza sobre su nariz ganchuda—. Eso dijo…

—Perdone si la importuno, señorita Fletcher —habló el visitante, con un carraspeo, deteniéndose en la puerta—. Si se encuentra enferma o indispuesta, y prefiere que pase otro día… Pero me ha costado algún trabajo dar con usted, por eso llego tan tarde…

—No importa. No es nada, sólo una leve indisposición pasajera. Puede usted pasar, señor Mansfield.

—Sé que es su cumpleaños, señorita. Le deseo felicidades por ello —dijo, ceremonioso, inclinándose cortés.

—¿Cómo pudo saber eso? —Se sorprendió ella, irguiéndose.

El abogado sonrió, acercándose con paso lento. Tomó asiento tímidamente junto al lecho. Una mirada entre Ivy y la señora Miller,

hizo toser a ésta levemente, pero el gesto de la muchacha la hizo salir discretamente, cerrando tras de sí.

El señor Mansfield esperó a que sus pisadas se perdieran en la escalera exterior, para mover nerviosamente su maletín, y abrirlo luego, con una mirada evasiva.

—Señorita, espero que le sorprenda ver aquí a un abogado en este momento —habló con lentitud—. ¿No es así?

—Pues… en cierto modo, sí.

—Le diré que soy el albacea testamentario de cierta persona a quien usted quizá no conozca ni recuerde en estos momentos —siguió Neil Mansfield, con cautela.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Perdone que la moleste con todos estos preámbulos, señorita Fletcher, pero… pero debo decirle algo realmente difícil. Y tenía que ser, conforme el testamento indica, justo en la fecha de su cumpleaños.

—¿El testamento…? —Pestañeó ella—. ¿Qué testamento?

—El de su padre. El de su auténtico padre, no el de Ralph Fletcher, el artista.

—Pero… pero ¿qué dice? —tartamudeó Ivy—. Ralph Fletcher era mi padre, mi verdadero padre. Y no pudo dejarme una sola guinea porque estaba enfermo y en la ruina…

—Disculpe que la rectifique. El señor Fletcher, como amigo íntimo de mi cliente, aceptó adoptarla cuando usted era una niña y estudiaba fuera de Londres. No era un padre íntegro ni adinerado, pero en su peligrosa edad antes de ser mujer, era preferible él que su verdadero padre, ya que su simple apellido hubiese provocado dificultades y problemas a su única hija. ¿Va entendiendo ahora?

—Sólo a medias. Usted sugiere que me adoptó Ralph Fletcher, para que no supiera hasta hoy, que soy mayor de edad, que realmente era otro mi padre…

—Exacto. Su padre podía dejarle una fortuna saneada. Una posición excelente. Y, sin embargo, no podía dejarle su apellido porque era muy penoso hacerlo así, pese a cuanto ello le dolió. Ahora, cuando usted es ya legal, mental y socialmente toda una mujer, puede ya saber quién es realmente, cuál fue su apellido y obrar conforme más le guste. Es algo a lo que su padre tampoco deseó jamás forzarla. Sólo su criterio debe decidir el respecto.

—Terminemos, señor Mansfield. ¿Cuál es ese apellido tan terrible?

—Jekyll —suspiró el abogado—. Usted es Ivy Jekyll, hija del doctor Jekyll…

CAPÍTULO V

—Hija del doctor Jekyll…

Se repitió a sí misma esa frase una vez más, quizá la centésima que lo hacía. Y de nuevo volvió a reír, con nervioso histerismo, contemplando aquel legado que firmara, diez años atrás, un hombre llamado Jekyll.

Un hombre a quien Londres todo conociera con dos nombres: doctor Jekyll… y míster Hyde.

No, no era sólo una obra de ficción, como muchos pensaban. Un novelista amigo obtuvo su permiso para escribir aquella extraña historia. Sólo unos pocos conocieron realmente al médico llamado Jekyll…

Y era su padre.

Le había dejado una fortuna de quince mil guineas. La propiedad de una finca fuera de Londres. Y su apellido.

Su maldito, terrible apellido.

Ella debía elegir.

Había pedido tiempo Poco tiempo. Estaba segura de su decisión, pero prefería meditarla cuidadosamente.

Dobló el documento con lentitud. Lo guardó, en la gaveta de su mesilla. Cerró ésta, meditó con los ojos perdidos en el vacío.

Ivy Jekyll…

Ahora entendía muchas cosas. Sus escasos puntos de contacto con Ralph Fletcher, su padre adoptivo. Su afición a la química, a las Ciencias…

Miró a través de los vidrios de la ventana, hacia el patio posterior de la vivienda.

El cobertizo…

¿A quién perteneció realmente el cobertizo cerrado y precintado?

¿A Ralph Fletcher, el pintor borracho, viejo amigo del doctor

Jekyll? ¿A éste, por el contrario?

El testamento no hablaba de nada de eso. El señor Mansfield se había limitado a darle cuenta exacta de todo lo relativo al legado que su padre, el tristemente famoso médico, considerado por el populacho como un auténtico discípulo de Satán, con la suma de que era dueña desde ese mismo instante, adoptase o no el nombre de Jekyll.

El cobertizo cerrado seguía siendo un enigma. Un gran enigma que empezaba a intrigar a Ivy.

Y además, estaban los desvanecimientos, las jaquecas, su postración psíquica, sus pesadillas de sangre y de muerte…

Jekyll.

El nombre maldito. La herencia era a veces algo más que un simple escrito ante un albacea legal…

—Dios mío, no —se tocó las sienes, que le ardían, febriles—. No es posible que yo… que mi mente…

Cerró los ojos. Trató de razonar. Más como investigadora, como alumna de Ciencias Químicas, que como mujer sensible a un proceso psíquico y mental, a un impacto como aquel…

No, no creía en herencias malditas. Su padre no fue un enfermo ni un tarado. Solamente un científico, un hombre que fue más allá de lo permitido. La sociedad victoriana no admitía fácilmente esas audacias. Él cometió el error de buscar la otra personalidad del hombre. Y la encontró, pero… ¿a qué precio?

Ella era su hija. Vivía en una casa que fue de Fletcher, de la que nada decía el testamento, pero ¿no sería antes de esa fecha, otra propiedad del acaudalado doctor Jekyll?

En cuyo caso, el cobertizo hermético, misterioso, turbador…

—Debo verlo —se dijo entre dientes, incorporándose pese a la fiebre que hacía arder su piel. Se echó encima una bata. Avanzó hasta la ventana. No utilizaría la puerta. La señora Miller siempre escuchaba los ruidos, acechaba, como buena chismosa… No quería que ella la pudiera descubrir desde arriba, camino del lugar que nadie hollara antes, durante años enteros…

Ivy Jekyll abrió el postigo. El alféizar era bajo. Lo salvó fácilmente. Recibió el húmedo frío de la noche. Tembló levemente, Pero no se echó atrás. Pisó el césped, mal cuidado. Avanzó por el patio, hacia el edificio pequeño, cuadrangular, hermético…

La niebla no era allí excesivamente densa. Incluso llegaban reflejos de luz de las farolas de gas de la calle, más allá de la tapia de rojos ladrillos oscuros. Miró atrás y arriba, con temor. Había luz en el piso de la señora Miller. Siempre la había. Pero la madura y curiosa señora no andaba a la vista, por fortuna.

Ivy llegó ante la puerta. Se estremeció su mano. Los dedos temblaron al rozar los precintos…

Recordó la promesa lejana, siendo niña, ante el lecho de muerte del pintor Fletcher:

—«… Como tú eres mi padre, te prometo no abrir ese cobertizo…».

Ahora comprendía por qué él, antes de su hemoptisis postrera, intentó que hiciera de otro modo su promesa. No se había comprometido realmente a nada. Fletcher nunca fue su padre.

Aferró el precinto, para tirar de él. De la calle, le llegaban ecos de voces distantes:

—Pobrecilla… La acuchilló como a un cerdo…

—La taberna parecía un matadero…

—¡Cuánta sangre, Dios mío…! Polly era una buena chica, aunque ligera de cascos… Si vieseis las cuchilladas que le dio ese monstruo…

Hablaban de algo. De algo horrible. Un crimen. Otro más, como casi todas las noches en el Soho… Sangre, una mujer, una cantina…

El precinto crujió. Se había roto. Aturdida, Ivy lo vio caer al suelo, a sus pies. Se miró los dedos descalzos, pisando el suelo de losas de piedra, polvoriento y con entresijos de hierbas.

Luego, otro precinto cayó, al tirar de él. Descorrió los pestillos, que chirriaron lastimosamente. Se detuvo, sintiendo que el corazón palpitaba dentro de su pecho con inusitada violencia.

¿Qué le esperaba allí dentro?

Empujó la puerta. Empezó a ceder, con crujidos siniestros, como los produciría la tapa de un féretro al ser abierto. En el fondo, era tan parecido… Algo muerto reposó allí durante años. Ahora, de repente, cobraba una inesperada, terrible trascendencia.

Abrió un poco más. Lo suficiente para dejar paso. Observó que había tuberías de gas que alcanzaban el cobertizo, desde la tapia de ladrillos. Sacó fósforos de su bata, prendió uno…

La débil llama le reveló oscuras formas, polvo, telarañas,

armarios viejos, mesas y asientos arrinconados… Animosa, penetró en el recinto. Cerró tras de sí, cuidadosamente. Tanteó, ayudándose con otro fósforo. Había mecheros en la pared desconchada y húmeda. Probó uno. Tardó en prender, con débil llama amarillenta. Pero prendió.

Y entonces descubrió el laboratorio.

Estaba al fondo. Más allá de una vidriera que cubría medio panel.

Era un viejo y simple laboratorio: una larga mesa, un armario, una vitrina… Viejos tubos de ensayo, retortas y alambiques, unos frascos… Todo cubierto de polvo. Un hornillo de petróleo, en un extremo, aún sostenía un recipiente de oxidado aluminio.

Ivy, fascinada, avanzó por entre el polvo y las telarañas, hasta el que fuera sin duda el laboratorio personal del doctor Jekyll.

Del doctor Jekyll y de míster Hyde.

La idea la asaltó brutalmente. Por lógica conclusión. Sintió que sus rodillas temblaban. Repitió, en un murmullo, el nombre terrible:

—Míster Hyde…

El horror erizó sus cabellos en la nuca. Retiró vivamente una mano que acercara a la mesa y ello hizo que un tubo de ensayo cayera con su soporte, quebrándose secamente en medio del polvo.

Los ojos de Ivy fueron hasta el alto, pesado, viejo armario…

Recordó algunas frases sueltas del libro de aquel autor, el que hablaba de su padre, recordó, sobre todo, su final…

«Coge de mi armario “aquello” y destrúyelo…».

¿Sucedió así realmente? ¿Hizo el supuesto Layon lo que decía la obra? ¿Lo hizo Fletcher, el fiel amigo del joven y audaz doctor Jekyll, el de los experimentos prohibidos?

Ivy se acercó. Abrió el armario, con un crujido de madera chirriante, de bisagras oxidadas…

La luz del gas reveló su vacío interior. Extrañamente vacío a excepción de un frasco.

Uno solo, de color verde oscuro. Tapado y precintado. Cubierto de polvo. Y conteniendo algo. Un líquido…

Un líquido qué parecía denso y rojo como la sangre. Pero que quizá no era sangre o era la sangre misma de míster Hyde…

* * *

El campanilleo exterior la sorprendió cuando acababa de ocultar el frasco verde oscuro, cuidadosamente envuelto en un pañuelo suyo, bajo las almohadas, y se recuperaba del frío y la emoción sufridos allá, en el patio y en el cobertizo misterioso, cuyo secreto conocía ya. O creía empezar a conocerlo…

Oyó bajar presurosa a la señora Miller. Abrió la puerta, habló con alguien, allá en el vestíbulo. Su corazón sufrió un vuelco. Una voz de hombre retumbó en el exterior.

—Sid… —musitó—. Será Sid…

Golpearon poco después en su puerta. Invitó:

—¡Pasa, Sid! ¡Está abierto…!

Se abrió la puerta. Unas firmes pisadas varoniles se acercaron. Asomó la alta figura vestida de oscuro, envuelta en el macferlán impecable, con el sombrero de reflejos en sus manos, con el bastón de puño de plata entre los dedos.

Otra vez el error. No era tampoco ahora Sidney Clemens. Era Brian Lane.

—Oh, Brian, eres tú… —murmuró con desaliento.

—Lamento defraudarte —habló con aspereza Brian. Se acercó a ella. Llevaba algo en la mano también. Un rectángulo blanco—. No soy Sid. Sólo tu amigo Brian…

—Perdona. No quise molestarte. Me alegra tu visita…

—La señora Miller me ha contado de tu estado. Y de que hoy es tu cumpleaños. Oh, ¿por qué no lo dijiste, Ivy? Te hubiera hecho algún regalo, hubiera podido venir a verte…

—Ya has venido —sonrió ella dulcemente—. Eso basta, amigo mío.

—¿Cómo te encuentras? Creí que estarías repuesta totalmente…

—Y lo estoy. Ha sido hoy, Brian. Otro desvanecimiento…

—Ya —la miró, preocupado. Pareció recordar algo—. Perdona. Olvidaba darte esto. Es un sobre dirigido a tu nombre. Lo habían dejado bajo la puerta; cuando la señora Miller me abrió, me rogó te lo trajese.

—¡Es la letra de Sid! —exclamó ella, radiante, mirando su nombre escrito en el cerrado sobre. Lo rasgó con apresuramiento, con gesto feliz—. Seguro que me dirá por qué no ha venido estos dos días ni sé nada de él. Algo relacionado con recepciones, ensayos y todo eso…

—Sin duda. Algo de todo eso —aceptó secamente Brian, entornando sus ojos helados—. Lo estuve buscando hoy para charlar un rato y beber algo juntos. No pude dar con él…

Ella ni siquiera le hacía caso ya. Había extraído la misiva. La empezó a leer, agitadamente, brillantes sus ojos azules, arreboladas las mejillas, en parte por la fiebre, en parte por su actual excitación.

Brian esperó, sin perderla de vista. Captó su repentina palidez, la opacidad súbita de sus ojos… El papel cayó de sus manos, exánimes. Gimió entre dientes:

—Oh, no… no. Ahora, precisamente… ¡no puede sucederme esto…! E inesperadamente, se desvaneció de nuevo.

* * *

Brian leyó el documento en silencio. Luego, la carta de Sidney Clemens.

Alzó los ojos, mientras la siempre solícita señora Miller, ahora en compañía del doctor Montague, cuidaba de la inconsciente muchacha, tendida en el lecho, y sometida de nuevo al efecto de los sedantes.

—El muy canalla… —susurró entre dientes—. Qué poco sabe la estupidez que su codicia le ha hecho cometer tan a destiempo…

—¿Decía usted, Lane? —indagó el doctor Montague, volviéndose y cerrando su maletín profesional, con un suspiro.

—No, nada —dejó, bien doblado, el testamento del doctor Jekyll, donde lo hallara, en la mesilla de Ivy. Pero procuró meterlo en el cajón y cerrar con llave, quedándose solamente con la breve carta de Sidney Clemens, que releyó de nuevo, dominando su ira dificultosamente.

> Querida Ivy:
>
> Lamento causarte este daño, pero cuanto antes ocurra, será mejor. Voy a casarme en breve, pero no contigo. Me he prometido oficialmente a Judy Knox, hija de *sir* Edgar Knox. Espero lo entiendas. Es un compromiso social que puede significar mucho en mi carrera.
>
> Siempre tu amigo:
>
> Sid

—Me gustaría dar con él, doctor Montague. Palabra. Pero he fracasado durante todo el día, desde esta misma mañana —silabeó, tras un silencio.

—¿Clemens? —habló el viejo médico—. ¿Es responsable de esto?

—Esta vez, sí —Brian miró al lecho—. ¿Cómo está ella?

—Descansa, cuando menos. Ha sufrido un tremendo *shock*. Además… no sé. Está rara. Su pulso, sus tics nerviosos… ¿Tan terrible es lo que Clemens le hizo?

—No todo el *shock* debe provenir de Clemens —comentó Brian entre dientes, sacudiendo la cabeza, reflexivo. Miró a la señora Miller, que regresaba de atender a Ivy—. ¿Ha venido hoy un abogado aquí, señora?

—Sí, no hace mucho de ello. Se quedó a solas con la señorita Fletcher…

—Lo suponía —Brian sacudió la cabeza—. Le ruego que, aunque esté usted en su casa, no deje de ver de vez en cuando a Ivy. Puede necesitar ayuda esta noche.

—No se preocupe —sonrió la mujer—. Duermo pesadamente, pero dejará mi reloj en hora, y bajaré de cuando en cuando. ¿Usted se marcha, señor Lane?

—Sí. Debo encontrar a un buen amigo… —masculló entre dientes, guardando la carta.

Salió de la casa con el doctor Montague. Éste se detuvo, antes de subir a su carruaje, parado a la puerta del viejo edificio, y escudriñó a Brian.

—¿Piensa dar con Clemens, esté donde esté? —se interesó el médico.

—Desde luego. Y esta vez, no escapará.

—Tenga cuidado. Usted debe pegar duro, cuando se enfurece.

—De eso, no le quepa duda —silabeó Brian hoscamente.

—No busque, cuando menos, en la taberna de Polly —dijo Montague, pensativo, subiendo al carruaje.

—¿Por qué no allí? —indagó Brian—. Ya estuve esta mañana. Va con frecuencia a ese sitio.

—Esta noche no irá. Ni él, ni nadie. Han cerrado. Alguien asesinó a cuchilladas a Polly Perkins, a primeras horas de esta noche. Hallaron su cadáver, desangrado, tras el mostrador… Algo

horrible, Lane. Como si lo hubiera hecho un monstruo. ¿Sube y le llevo a alguna parte, muchacho?

—No, gracias, doctor —negó lentamente Lane. Y repitió, pensativo—. Un monstruo… Oh, por cierto, una pregunta, doctor Montague: ¿este edificio perteneció alguna vez al doctor Jekyll?

Montague le miró, sorprendido. Luego, contempló el viejo edificio de Rupert Street. Y afirmó:

—Sí, amigo mío. No sé cómo recordó tal cosa, pero ésta fue la casa del tristemente célebre colega llamado Jekyll… y Hyde. Buenas noches, Lane.

Se alejó el carruaje en la neblina. Brian se quedó pensativo. Profundamente preocupado. Miró a las luces del piso bajo. Luego, a las del alto. Finalmente, a las farolas de alumbrado callejero, a la bruma, el ambiente sórdido y siniestro de la noche en el Soho…

Echó a andar, ajustándose su sombrero de copa alta sobre los oscuros y rebeldes cabellos. Sus pisadas sonaron sordamente en el empedrado callejero.

—Ivy Jekyll… —musitó para sí—. Dios mío, ¿tendrá eso algo que ver con su mente y sus desvanecimientos?

CAPÍTULO VI

El primer impacto se estrelló en el mentón pulcro y afeitado de Sidney Clemens con la potencia con que lo hubiera hecho el mazo de un juez de Old Bailey en el momento de demandar silencio para una sentencia de muerte.

El rubio y atildado actor rodó dando volteretas entre las mesas y sillas, aparatosamente, hasta golpear un gran espejo dorado, cuyo marco cedió, viniéndose abajo con estrépito y destrozándose los vidrios azogados en mil pedazos.

Apenas intentó levantarse, tambaleante, brotándole un hilo de sangre entre los labios que recitaban mágicamente el verso del coloso de Stratford-On-Avon, recibió otro seco directo que se estrelló en esta ocasión contra su bien dibujada nariz, hundiéndola con un desagradable chasquido. La sangre brotó esta vez tumultuosa de sus fosas nasales.

—¡Dios mío, detengan a ese loco, o matará a mí pobre Sidney! —gimió horrorizada Judy Knox.

—¡Favor! —clamó *sir* Edgar, alzando sus brazos—. ¡Vengan a detener a ese demente homicida!

—No, no soy ningún demente, *sir* Edgar. Ni ningún homicida tampoco —silabeó Brian Lane con rudeza—. Si lo fuese, ya estaría muerto su guapo y desvergonzado futuro yerno, no le quepa duda de ello…

—¡Bastardo! —rugió Clemens, lívido, descompuesto, viendo fugazmente los destrozos de su rostro en otro espejo ovalado de la lujosa sala—. ¡Te haré pedazos por esto!

La réplica de Brian, aunque dos empleados de librea pretendieron evitarlo, fue lanzarse de nuevo sobre el rubio actor, eludir la cobarde patada de éste a su vientre, y luego descargar contra su mandíbula e hígado dos golpes secos, contundentes, que hicieron crujir su hueso y abrir la boca en busca de aliento al que

recibía tal castigo.

Medio inconsciente, se desplomó Sidney Clemens, dando tumbos bajo las sillas doradas, de lujoso tapizado. Gimoteó en el suelo, manchando todo con su sangre. Brian se volvió a *sir* Edgar y a los que pretendían detenerle. Se inclinó, casi ceremonioso, sin perder su altiva compostura, ante Judy Knox.

—Lamento esta deplorable escena, señorita —dijo, incisivo—. Pero ese tipo que tiene ahí como un cerdo, es sólo un vulgar cazadotes, un ambicioso ávido de dinero fácil. Acaba de dejar a su anterior novia, sólo porque ella no tenía una guinea. O eso pensó él, puesto que entonces ignoraba que ella acababa de heredar quince mil guineas y unas fincas. Si su honorable padre y usted, están conformes en aceptar a semejante individuo en la familia, allá ustedes. Pero no creo que les convenga demasiado.

Salió, sin ser importunado por nadie. *Sir* Edgar y su hija cambiaron una mirada de sorpresa e incertidumbre. Antes, oyeron la voz de Brian, desde el vestíbulo:

—Aquí les dejo mi tarjeta. Pásenme factura, por favor, de los desperfectos sufridos. Los abonaré inmediatamente. Buenas noches.

Un portazo, señaló su salida de la casa de los Knox. Judy se acercó al abatido y jadeante Clemens. Pero su aire era indeciso, muy poco seguro.

Y Sidney Clemens, a pesar de su lamentable estado, no pasó por alto ese detalle.

* * *

—Cielos, ¿qué le han hecho, Clemens? Parece que le hubiera arrollado una manada de potros salvajes…

—No haga preguntas, doctor Montague, y cúreme esto, por favor. Procure que no me quede deformada la nariz ni la mandíbula. Creo que sufro dos fracturas.

—Sí, es muy posible, a juzgar por el aspecto —Cedric Montague torció irónicamente la boca en un rictus burlón—. ¿Alguna escena interpretada demasiado a lo vivo, tal vez?

—Váyase al diablo, doctor —refunfuñó con disgusto. Miró en torno, al destartalado hospital del Soho—. Haga algo, quíteme la

inflamación, repare posibles daños. Mi rostro es importante en mi profesión. Muy importante. Cuando coja a ese maldito bastardo…

Apenas si había refunfuñado esto último entre dientes. Montague, rápido, enarcó sus cejas canosas con ironía.

—Ah, vamos, ¿se lo hizo alguien? —sugirió, burlón.

—Sí, por todos los diablos. Una pandilla de rufianes me cogió por sorpresa en el Soho. Este inmundo barrio de forajidos y truhanes… Reconocí al jefe de ellos. Procuraré dar con él, no lo dude.

—Oh, no lo dudo —cachazudamente, el doctor fue a un armario, para proceder a su curación sin demasiadas prisas—. Con que una pandilla de rufianes, ¿eh? Vaya, vaya… Pudo haber ido a curarse a otro hospital mejor que éste. Mis instalaciones no son demasiado buenas. Falta dinero para que todo esto ofrezca mejor aspecto. Por eso tendremos que abandonar el edificio, y dejar a la gente de este barrio, a los humildes, sin hospital gratuito…

—Todo eso me tiene sin cuidado. Cúreme ahora de una vez, doctor, aunque me cobre por todos sus pacientes depauperados. Pero hágalo bien. No he querido ir a otro sitio mejor, por no dar publicidad al suceso. Afectaría a mí carrera, sin duda.

Montague dio por buena aquella explicación. Los minutos siguientes, estuvieron dedicados a reparar los desperfectos faciales de Sidney Clemens, desperfectos que el médico estaba bien seguro eran obra del enfurecido Brian Lane. Un tipo duro pegando, estaba él en lo cierto.

Cuando hubo terminado, se negó a cobrar una sola guinea a Clemens. Pero el joven actor tiró sobre la mesa un billete de cinco guineas, y abandonó con altivez el consultorio del hospital para enfermos pobres, en pleno corazón del Soho, condenado a pronta desaparición por la precaria situación económica de los Montague.

Sidney descendió las amplias escaleras, alumbradas por los globos de gas que sobresalían de los muros descarnados del viejo y destartalado edificio. Se encaminaba ya a la salida, cuando un carruaje se detuvo frente al hospital.

El joven actor redujo el paso. Abrió la puerta del recinto sanitario. Contempló la bella pierna de mujer, que una gran capa de terciopelo negro y un elegante, suntuoso vestido gris perla, dejaba ver hasta más arriba del tobillo, sobre el charolado botín de alto

tacón, al descender ella del pescante de un calesín negro, sin cochero. Un rostro pálido y hermoso, unos ojos profundos, oscuros y fulgurantes, se clavaron en Clemens, bajo el nimbo sedoso de una cabellera azabache, peinada con tirabuzones.

—Kay… —musitó Sidney.

—Sid, ¿qué has venido a hacer aquí? —susurró la hermosa y elegante dama. Volvió atrás, al carruaje, pero sentándose en el asiento posterior, bajo el toldo charolado del calesín, en la sombra —. Sube y cuéntame… ¿Qué te ocurre en el rostro?

Subió Sidney. Se sentó junto a ella.

—Ese hijo de perra de Lane. Brian Lane, el amigo de Ivy Fletcher… Me cogió desprevenido. Y todo porque dejé a su amiguita Ivy, el muy…

—Está bien. Deja eso. Ya lo pagará. ¿Y tu boda con Judy Knox?

—No sé… Peligra algo.

—¿Qué dices? —preguntó ella roncamente, autoritaria. Aun en la penumbra, fulguraban ardientes sus ojos oscuros y dominadores.

—Parece que el bastardo de Lane les hizo entrar en dudas… Habló mal de mí… Y dijo algo más, quizá una tontería… Que Ivy Fletcher… heredó quince mil guineas…

—¡Quince mil guineas! ¿Esa muerta de hambre? ¡Imposible!

—Eso dijo él. No sé, estoy confuso. Kay, no veo qué puedo hacer ahora para…

—Escucha, necio. Hemos pactado algo, ¿no? Tú y yo somos socios en una gran idea. Y algo más que socios. Te abandonaré a tu suerte si no actúas con inteligencia. Cásate con la hija de *Sir* Edgar. Y si Ivy heredó realmente una fortuna… espera. Cambiaremos de idea.

—¿Cómo saberlo?

—De eso me ocupo yo, querido —le rodeó, amorosa, con un abrazo, mientras reía malignamente entre dientes—. Para ti sólo soy tu Kay, pero para Ivy… soy una buena amiga. La esposa del doctor Montague, la amable Kay Montague puede fingir amistad a cualquiera.

Y le atrajo hacia sí, sin que Sidney fuese capaz de resistirse a la tremenda autoridad de Kay, la hermosa y enigmática esposa de Cedric Montague.

* * *

El reloj seguía adelantado.

Marcaba ya las cinco. Aún faltaban unos minutos para esa hora. Y estaba despierta de nuevo.

Despierta… y extrañamente fría y tranquila.

Ivy se sorprendió a sí misma, descendiendo del lecho. Se tocó la piel. No tenía apenas fiebre. No sentía miedo alguno. Ni siquiera dolor.

Había soñado. Con Sidney, con Brian, con el doctor Jekyll, con el brebaje que hacía de su padre un hombre distinto, un monstruo de fealdad aterradora, de perversos instintos…

Era raro que con esas pesadillas despertara así de tranquila, de calmada. Ni siquiera notaba aquellas palpitaciones, aquella tensión nerviosa de las últimas semanas. Era otra Ivy.

Tal vez la noticia de su apellido real, tal vez la carta reveladora de Sidney Clemens, un hombre incapaz de merecer su amor…

Tal vez todo ello influyera. Pero se sentía distinta. Y no podía ser el brebaje. Aquel frasco verde, polvoriento, continuaba debajo de las almohadas.

Sintió una extraña, profunda, morbosa curiosidad. Volvió al lecho, despacio, mientras se abotonaba una falda y una blusa, sobre sus ropas interiores. Apartó las almohadas.

Alzó el envoltorio. Quitó el pañuelo. Contempló el frasco verde oscuro. Miró al trasluz.

Sí. El líquido era rojo. No había recibido la luz durante años. Estaba precintado. Una loca idea la asaltó. Se miró al espejo. Contempló su figura joven y espléndida, sus curvas, que acarició, pensativa. Luego clavó los ojos en el frasco verde.

—¿Por qué no? —susurró—. Si papá lo hizo… ¿por qué no intentarlo también? Quiero saber cómo soy yo… más allá de mi propia persona. Quiero descubrir mis ocultos instintos… o probar que todo fue mentira y papá murió víctima de supersticiones y ruindades.

Rompió el precinto. Sintió un escalofrío cuando el tapón cedió, con un chirrido, descubriendo el gollete de vidrio oscuro, su contenido denso…

Olfateó «aquello». Retiró la nariz, asqueada. Era un aroma

espeso y amargo. Se contempló en el espejo, de nuevo. Se sonrió a sí misma, casi con perversidad…

—Doctora Jekyll… y señora Hyde —recitó burlona entre dientes —. ¿Por qué no? E inesperadamente alzó el frasco. Bebió un trago.

* * *

Era como ingerir veneno. O hiel.

Dominó la náusea. Cerró el frasco. Lo ocultó, rápida, en su tocador, bajo unas prendas íntimas. Se quedó contemplándose, allá en el espejo.

Todo seguía igual. Nada cambiaba en ella.

Ni el rostro.

Sobre todo, el rostro.

Joven, adolescente casi. Nimbado de oro viejo, de profundos ojos azules. Boca jugosa, breve naricilla. Graciosa y atractiva, inteligente y bonita.

Todo era aún como antes. El brebaje no resultaba. Acaso ni siquiera fuese el tal brebaje. O todo fuera una leyenda ridícula, tejida en torno a un científico demasiado audaz para el puritanismo social de los Victorianos.

De repente, notó aquello.

Era como un vahído. Un leve mareo. Se asustó. Eso ya lo había sentido antes.

—No, no es posible… —susurró, llevándose una mano temblorosa a las sienes—. Es igual que cuando… voy a perder el conocimiento… No puede ser que yo… que yo ya haya sentido antes esto… sin tomar nada. ¿Quizá la herencia… está en mí, dentro de mí?

Y se oprimió el cerebro, asustada. Su figura bailoteó en el vidrio azogado. Éste hizo aguas. Se le nublaba la vista. Igual que siempre. Pero con un nuevo frío, con una nueva y extraña sensación.

Vagamente, le vinieron oleadas de comentarios a la mente:

«—No pasen, por favor… Acuchillaron terriblemente a dos hermanos, hombre y mujer… Pero cazamos al asesino. Está muerto…».

«—Esa chica de la cantina… Parecía un matadero… La cosieron

a cuchilladas… Debe de ser un monstruo…».

«—Tenía usted sangre, señorita Ivy… Pero no vi herida alguna… Vea, ya la limpié…».

«—Manchas de sangre en los zapatos. Cuando me desvanecí en la Facultad. El doctor Montague dice que debí sangrar de la nariz al golpearme…».

Tembló, convulsa. Trató de verse en el espejo. Avanzó recta hacia él. No vio nada. Nada, salvo una sombra borrosa. Gimió, golpeando el vidrio con sus manos, tratando de arañar la superficie espejeante, que ahora era como una sima de neblinas informes.

Y de repente…

De repente, el rostro de mujer bailoteando ante ella, reflejándose…

El alarido de horror sacudió el piso entero. Un escalofrío infinito restalló en la espina dorsal de Ivy Jekyll.

Se vio. Se vio solamente el rostro. Un rostro insólito, increíble, estremecedor… Todo lo demás eran brumas, neblina rojiza, que invadía sus ojos como en un baño de glóbulos sanguíneos.

Y aquel rostro. Aquel alucinante rostro de mujer que el espejo le devolvía.

Era todo lo que persistía en su mente, mientras se hundía, como andando dentro de la niebla roja, hacia alguna parte de su delirante pesadilla.

CAPÍTULO VII

Había empezado a lloviznar ligeramente en la bruma.

Otis Laurel, músico callejero, bostezó tras una última vuelta de manivela. Contó con su única mano, al tacto, las monedas que le dejaran los últimos noctámbulos que salían del Royal en la madrugada fría e inclemente. Ya había suficiente. No sacaría mucho más. Se sentía cansado, vencido por el sueño. Y también por el miedo.

Aquella noche, había sido peor aún que la anterior. Ahora, por lo menos, estaba seguro. La policía no sabía nada. Ni él se atrevía a decirlo. Pero era una mujer.

Una mujer mató a los Leigh. Luego, el necio de Cole Elliot, un pillo del Soho, cometió el error de coger aquel arma ensangrentada, y luego no supo qué hacer con ella.

Una mujer había sido la que entró en la taberna de Polly al irse él. Y Polly fue acuchillada igual que los Leigh.

El mismo perfume, el crujido de una buena tela, de una amplia falda… Una mujer asesinada. Un monstruo con faldas.

Cada vez que sus ojos torpes veían borrosamente cruzar a una mujer, sentía pánico. Luego, inevitablemente, resultaba ser una fulana callejera, de las que pululaban a docenas por el Soho.

El Big-Ben había dado las cinco hacía rato. Era mejor retirarse. El domingo ni siquiera saldría a tocar. La mujer diabólica andaba suelta. Podía estar en cualquier parte. Incluso allí cerca. Él parecía andar siempre por lugares parecidos a los de ella…

Pasó ante el Globo. El viejo teatro shakesperiano, tantas veces renovado y reformado, aparecía silencioso y oscuro. Estaba cerrado. A la espera de una nueva serie de representaciones. Con el joven actor que más prometía en Londres, aquel año de gracia de 1891: Sidney Clemens.

Otis aún tenía lejos su casa, el cuchitril fétido y oscuro donde

malvivía. La idea no le gustó. Se había alejado demasiado esa noche, huyendo de la vecindad de la taberna de Polly. Y de otras semejantes.

Recordaba aún lo que hablaba aquella noche la rubia cantinera cuando él entró. Se metía con alguien. Y con algunas mujeres: Judy, Ivy, Kay…

Todo eso debería de tenerle sin cuidado. Era un inválido. No podía correr el riesgo de irle a la policía con algo de lo que creía saber. Primero, que no le harían mucho caso. Y segundo, que si *ella* lo averiguaba…

—Mi vida no valdría un miserable penique —jadeó—. Cielos, debe ser un monstruo…

Una dama sanguinaria, con faldas y perfume…

Perfume…

¿Por qué había vuelto a pensar en el perfume? Era raro… Perfume…

Se paró en seco. Su cuerpo encogido sufrió una convulsión. ¡Sí, era eso! Estaba oliendo ahora ese mismo perfume. Alguien despedía ese aroma de muerte, no lejos de él.

Dominó su terror como pudo. Lo mejor era volver a dar vuelta al manubrio portátil, dejar oír la musiquilla obsesiva. Así lo hizo. Empezó a tocar, dominando su terror, viendo en torno difusas sombras que se mezclaban con la niebla.

Un rodar de carruaje, cerca de él, erizó sus sucios cabellos. Unas patas de caballo golpeaban rítmicamente el empedrado. De pronto, todo eso cesó. Junto a él. Habían parado el carruaje.

Estaba bañado en un sudor helado. En cualquier momento sentiría el crujido de la falda de mujer, el perfume se haría más intenso… y le coserían a cuchilladas.

—Eh, amigo… —sonó una voz de hombre—. Tome estas monedas y vaya a dormir. Ya es hora.

Respiró con alivio. En su plato cayeron bastantes monedas.

Luego sonaron risas femeninas. El perfume flotaba como algo maldito e invisible, formando parte de la niebla, en torno suyo. Su mala visión, sus ojos medio ciegos, se compensaban con aquel fino olfato suyo.

«Alguna de las que reían en el carruaje, con el hombre… ¿Era una de ellas la diabólica acuchilladora del Soho?», se preguntó

aterrorizado pegado al muro y disponiéndose a ir lejos, muy lejos de allí.

—Hemos llegado —dijo la voz del hombre—. Bajad, preciosas. Tengo una llave del teatro. Lo abriré para nosotros solos.

—Oh, eso será divertido —palmoteo una de ellas—. Pero habrá que marcharse antes del nuevo día.

—No importa mucho. Es domingo. No vendrá nadie en toda la mañana. Veréis la sala, los camerinos, el escenario… Incluso podemos encender las candilejas, montar la escena… ¡y representar *Romeo y Julieta*, pero con «dos» Julietas y un solo Romeo!

—Eres adorable, Norman —aprobó la otra con una larga risa—. Realmente adorable. Será como verse actuando junto al propio Sidney Clemens.

—Oh, mucho mejor que eso. Será una verdadera representación que escandalizaría a los amantes del buen Shakespeare, seguro —y rieron todos, procazmente.

Otis oyó bajar del carruaje a los tres. También les vislumbró borrosamente. Un hombre de mediana estatura y dos mujerzuelas.

Con el Globo para ellos solos…

Sacudió la cabeza, alejándose presuroso. Prefería no pensar en ello. Había gente caprichosa. El tal Norman sería algún pez gordo del teatro, puesto que tenía llave para entrar. O simplemente un empleado audaz.

Pero él seguía pensando en el perfume.

Casi se había evaporado ya. Pero él no quería correr más riesgos. Acaso alguna de las supuestas fulanas trotacalles fuese la mujer del cuchillo… y la fiesta del Globo terminase en orgía de sangre.

Apresuró el paso. Dobló la esquina. Casi se tropezó de lleno con un peatón que venía en dirección opuesta.

—Oh, disculpe —musitó.

La persona con quien chocó no respondió. Pero Otis tuvo la intuición de que una mirada taladrante se fijaba en él un momento, desde la niebla de la noche y de sus ojos…

Echó a correr, sin esperar a más, y dejó a su espalda la vaharada repentina de perfume. Y quizá aquellos ojos presentidos y siniestros, clavados en el personajillo con quien ya se había tropezado otras veces en la niebla…

Un lejano taconeo le hizo sentir terror. Incluso estuvo seguro de

que crujía un tejido femenino. Pero todo eso quedó atrás. Nadie perseguía al organillero en la oscuridad, y eso le tranquilizó.

Pero siguió corriendo, incansable, jadeante, en busca de su miserable vivienda. No estuvo seguro hasta hallarse dentro de ella y atrancar bien puerta y ventanuco. Afuera, la llovizna era ahora más intensa.

La noticia de la masacre del Globo le llegó al otro día, en la voz de los vendedores de ediciones extraordinarias de los periódicos.

* * *

Norman Ashern, tramoyista del viejo Globo, medio ebrio y dejando correr su imaginación sobre la hermosa escena que iba a representar en pleno escenario, encendidas ya las candilejas de gas azulado, terminó de vestirse descuidadamente el tonelete, y ponerse torcida la peluca rubia y cuidada del propio Sidney Clemens, el primer actor de la compañía.

—¡Ya, muchachas! —voceó, tomando el cinto con la espada, y el gorro de Romeo, antes de abandonar el camerino de Clemens y lanzarse hacia la escena bien iluminada, presto a dar a la escena shakesperiana una pobre y libertina versión del drama de Verona con sus dos descocadas Julietas.

Ellas esperaban ya riendo en el escenario.

Antes de llegar Norman Ashern al escenario iluminado se cortaron las risas.

Hubo un doble y seco grito de sorpresa y temor. Una de ellas indagó:

—Eh, usted. ¿Quién es usted? ¿De dónde sale?

—¿Cómo? —farfulló el tramoyista, medio recuperado de su embriaguez, temiendo verse sorprendido por alguien en su pretendida orgía—. ¿De qué habláis, muchachas?

Salió a la escena en el momento justo en que la pregunta de una de las trotacalles del Soho se rompía en un alarido impresionante y terrible.

Con los cabellos erizados bajo la grotesca peluca rubia, el tramoyista vio la afilada hoja de acero caer sobre una de las mujeres.

Ashern aulló con terror mientras la segunda mujerzuela pretendía correr, huir de aquel filo largo y centelleante, que ahora goteaba denso líquido carmesí.

—¡Asesina! —rugió Ashern recordando que llevaba una espada al cinto, como absurdo Romeo. Y se precipitó sobre la mujer de rostro velado, desenvainando su espada y tirando una torpe estocada a la agresora, mientras la otra mujerzuela se ponía tras de él en busca de protección.

La espada falló en su estocada a fondo. Pero no del todo, porque enganchó la pamela y velo de la desconocida, arrancándoselo de la cabeza de un tirón.

El rostro de ella apareció debajo.

Una mueca de incredulidad y horror crispó las facciones del demudado Ashern. La chica de atrás chilló agudamente, cubriéndose el rostro con mano trémula y echó a correr sin esperar a más.

Con una fuerza diabólica, increíble, la mujer de rostro alucinante se precipitó adelante, sujetando con su mano enguantada la espada de escena de Ashern, y atrayéndole hacia sí.

Le descargó simultáneamente con la otra mano, firme y ruda como la de un coloso, un solo tajo diagonal, que hendió el rostro del tramoyista desde su sien derecha hasta el mentón izquierdo.

Cayó luego sobre la segunda muchacha que temblaba acorralada en un rincón, paralizada por el horror. Ni siquiera tuvo arrestos para defenderse del ataque de su agresora. Consumado el crimen, ésta huyó saltando por encima de las candilejas encendidas.

Una risa demoníaca, larga y vibrante, sacudía el teatro todo, retumbando en sus ámbitos como la más escalofriante escena de tragedia allí representada.

La señorita Hyde, había puesto el telón definitivo a la orgía sangrienta del escenario.

Y ninguno de los tres seres que llegaron a ver cara a cara su rostro, aquel rostro que les hacía desorbitar sus ojos y emitir un alarido de horror, podrían revelar ya a nadie qué es lo que vieron bajo aquel velo.

* * *

¡SENSACIONALES NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA!

> Revelaciones insospechadas de un testigo ocular. ¿Ha sido una mujer quien acuchilló a los hermanos Leigh, a Polly Perkins y al tramoyista Ashern y a sus dos frívolas acompañantes nocturnas, en el propio escenario del Globo?
>
> Alguien cuya identidad oculta celosamente Scotland Yard, afirma que en todos los casos, una misteriosa mujer estuvo cerca de la escena de los horrendos asesinatos.

La noticia aparecía en todos los periódicos del lunes por la mañana, con enormes caracteres. Los asesinatos del Soho habían culminado con la masacre del teatro, descubierta casualmente por un conserje el domingo, y publicada esa noche en ediciones especiales, para aparecer después aquella nueva y sensacional información, que era la comidilla de todo el Soho y, por supuesto, de Londres en general.

—Mal momento ha elegido usted, querida, para admitir públicamente que es la hija legítima del doctor Jekyll. Con esas noticias rodando por ahí…

—Aún no lo he declarado de modo oficial —replicó ella, con cierta acritud—. Sólo se lo he comunicado a ustedes tres y a la señora Miller, mi vecina.

Brian Lane dejó de contemplar, cruzados sus brazos a la espalda, el jardín posterior de la casa y el cobertizo cerrado, para volverse y cambiar una mirada con el doctor Montague y su esposa, Kay, reunidos con él y con Ivy en el gabinete que ésta ocupaba ahora, pálida pero tranquila, sentada en un butacón tapizado de verde manzana.

—Aunque lo hagas, Ivy, no significa nada —le recordó él—. Sería ridículo relacionar una cosa con otra.

—¿Usted cree, amigo Lane? —Dudó Montague, ceñudo, frotándose el mentón.

—¿Qué quiere decir, doctor? —Se irritó Brian, agresivo—. ¿Acaso usted va a…?

—Yo no voy a sospechar de nada, mi querido amigo —le apaciguó Montague—. Pero recuerde que la gente, el populacho, es dado a especular con cosas así, por desgracia. Si de algo sirve mi consejo, Ivy, yo esperaría un poco, para revelar ante todo el mundo que es la hija del doctor Jekyll…

—No veo motivo para ello —replicó ella, desafiante casi. Se irguió, con un destello de extraña ira en sus bellos ojos azules, antes suaves y límpidos—. Llevaré con orgullo ese apellido. O el que la gente quiera añadirle. Aunque sea el de… señora o señorita Hyde.

—Por Dios, querida, no diga barbaridades —se estremeció Kay Montague, tomando sus manos con hipócrita manifestación de afecto y ternura—. Nadie va a llegar tan lejos.

—¿No? —Su marido dudó, paseando por la estancia—. Entonces no conoces a las masas. Son ignorantes por naturaleza. Sobre todo, ante cosas que no entienden. Personalmente, no creo que Jekyll hiciera nada diabólico, sino sencillamente un experimento científico. Brian, como investigador en Biología entenderá mejor el asunto sin duda. Sólo que nuestra época aún no admite ciertas cosas.

—Lo que es evidente es que alguien comete esos crímenes atroces —señaló Kay, trémula su voz—. Esos de antenoche, en el teatro, sobrepasan todo lo imaginable.

—Hay quién dice que el asesino, sea hombre o mujer… buscaba matar a otro Romeo —dijo entre dientes con sarcasmo Brian Lane —. Y se equivocó de hombre.

—Eso parece señalar a Sidney Clemens —rió Montague con ironía. Luego se puso serio ante la mirada de reproche, fría y altiva, que le dirigió Kay—. Bueno, no creo que sea cosa de broma de todos modos. Últimamente muchas muertes por acuchillamiento han quedado impunes en el Soho. Pero ese testigo que menciona la policía puede estar equivocado. O el asesino ser un tipo astuto que se viste de mujer, pongamos por caso.

Con la niebla de las noches de invierno podría engañar a cualquiera a simple vista.

—Es toda una teoría —convino Brian, pensativo.

Miró a Ivy, esperando que ella se aferrase a esa posibilidad como a una tabla de salvación en su naufragio. Por el contrario, la vio singularmente serena. Incluso demasiado helada e indiferente por el horror que la rodeaba. Como si algo hubiese cambiado en ella. Y mucho por cierto.

Preocupado se acercó a ella unos pasos. Trató de mirarla. Ivy miraba fijamente hacia un punto concreto. Brian siguió esa mirada. Contempló el espejo de cuerpo entero al fondo de la sala vecina,

donde se reflejaban todos ellos. Y el pálido y sereno rostro de Ivy en medio de todos.

—¿Qué te sucede? —indagó de repente Lane—. ¿Por qué te atrae ese espejo?

Le vigilaba muy estrechamente. Captó su sacudida, su evidente escalofrío y el modo inquieto con que sus ojos buscaron los de él. Fue como el choque sordo de dos aceros.

—Por nada —suspiró, evasiva—. Estaba pensando, Brian; no miraba nada en particular.

Y, extrañamente, Lane estuvo seguro de que ella mentía.

—De modo que, si eres hija de Jekyll… también es cierto que heredas una fortuna —señaló Kay como hablando al azar de algo por simple curiosidad de mujer.

—Sí —afirmó Ivy, débilmente, con indiferencia—. Quince mil guineas.

—¡Quince mil! —mascculló Montague, dilatando sus ojos—. Es usted rica, Ivy.

Ella ni siquiera se dignó contestar. Había algo tenso e incómodo en aquella reunión. Brian hubiera querido saber lo que era. Fuese lo que fuese, se le escapaba. Pero aquello se centraba en una sola persona:

Ivy Jekyll.

Algo le estaba sucediendo a su joven y bella amiga.

Algo relacionado quizá con su nueva personalidad. Recordó algo que dijera Montague días atrás y casi tuvo miedo:

«—Lo de Ivy no es nervioso. Ni cardíaco. Sea lo que sea, está en su mente…».

Su mente. La mente de una mujer cuyo padre quiso llegar tan lejos ahondando en ella, o quizá en el alma misma del hombre, que se destruyó a sí mismo. Y creó un monstruo, desarrollando el mal dentro de sí… hasta que el propio mal absorbió a todo lo demás.

Volvió a acercarse a la ventana. Contempló el exterior. La mañana era levemente lluviosa. El cielo sobre Londres aparecía encapotado, y el suelo mostraba huellas de reciente llovizna. Todo parecía triste en derredor.

Sus ojos estaban clavados, de un modo puramente mecánico, en aquel edificio hermético del patio. El cobertizo donde nunca había visto entrar a nadie. Le pareció que había algo anómalo en él. Sus

ojos descubrieron entonces que faltaba algo en la puerta: los precintos. Creyó verlos en el suelo, rotos.

—¿Qué estás mirando, mi querido amigo?

Le sobresaltó el tono suave y enigmático de la voz. Y su proximidad también. Se volvió bruscamente. Ivy estaba allí. Junto a él. Se había acercado sigilosamente, descalza sobre la alfombra, casi fantasmal. Descubrió sus profundos ojos azules, fríos como el clima en el exterior, fijos en él. Muy cerca. Por vez primera no le produjeron complacencia, sino inquietud. Sonreía ella de un modo tan extraño… Los Montague, al fondo de la estancia, conversaban apagadamente entre sí.

Brian se irguió sacudiendo la cabeza. Apartóse de la ventana y respondió evasivo:

—Nada, Ivy. Sencillamente reflexionaba sobre todo esto.

—¿Sobre qué, Brian? ¿Sobre mí, sobre esos crímenes… o sobre mi padre?

El joven biólogo la contempló largamente, mientras escogía su réplica serena:

—Sobre todo ello. Y sobre ese edificio de allá afuera también. Nunca me hablaste de él, Ivy.

—Nunca estuve en él tampoco. Es algo que prometí a Ralph Fletcher.

—Ralph Fletcher. Ahora sabes que él no fue tu padre. ¿Has entrado ya en el recinto?

—Sí —confesó ella con suavidad. Y sonrió, desafiante.

—Ya. Vi esos precintos quitados. ¿Qué hay realmente ahí dentro?

—Mucho polvo y suciedad, Brian. Olvido de años enteros. Alguna vez… fue el laboratorio del doctor Jekyll. Y de míster Hyde, claro.

El silencio se hizo ahora molesto. Brian hubiera deseado tener algo que decir. Kay Montague acudió en su ayuda sin saberlo. Acercándose puso sus manos en los hombros de la muchacha.

—Vamos, querida. Creo que será mejor que demos un paseo juntas y charlemos de todo, menos de esas cosas tan poco gratas. El día es triste y lluvioso, pero hay en Londres hermosos lugares por donde pasear, ¿no es cierto?

—Sí, Kay —afirmó Ivy, pensativa. Y su voz rebosaba ironía

cuando sugirió—: Hyde Park, por ejemplo.

* * *

—¿Qué es lo que quiere usted saber, señor Lane?

Brian tomó un sorbo de té en la taza de porcelana decorada. Miró a la dama por encima del borde de la taza, sosteniendo el plato en la mano.

—Todo, señora Miller —dijo con frialdad.

—¿Todo? —La afable y entrometida Maisie Miller, puso gesto de sorpresa en su poco agraciado rostro, bajo los cabellos canosos, peinados con descuido. Instintivamente pareció replegarse sobre sí misma, poniéndose en guardia—. ¿A qué le llama usted *todo*?

—Creo que me ha entendido muy bien, señora Miller. Me refiero a nuestra común amiga Ivy. No quiero que la gente albergue sobre ella extrañas sospechas. Usted ha leído los periódicos de hoy, ¿no es cierto?

—Sí —los ojos grises y cansados de la vecina se desviaron con aire de incertidumbre. También de desasosiego—. He leído y oído muchas cosas. En el Soho las noticias van de boca en boca. Se susurra, se murmura. Hay quién cree saber quién es la persona que sirve de testigo a Scotland Yard.

—¿De veras? ¿Qué testigo? —Fingió Brian no entender bien la cuestión.

—El hombre que asegura haber tenido cerca de sí a una mujer en varias ocasiones… Se dice que es un viejo organillero, un tal Otis y algo más… Inválido y medio ciego. Pero con buen olfato y aguda percepción, señor Lane.

—Entiendo. Usted cree que ese testimonio podría ser cierto… y existir una mujer diabólica que recorre el Soho acuchillando a la gente con una furia y fuerza física realmente satánicas.

—Podría ser. La gente lo cree. Y se persigna al hablar de ello —el tono de Maisie Miller no reveló otra cosa que curiosidad y algo de temor supersticioso.

—Si existe esa mujer tendría que ser un monstruo.

—Evidentemente… sí —convino ella con un suspiro.

Brian dejó con cuidado la taza de té, tras tomar otro sorbo.

Estudió a su interlocutora.

—Por eso he subido a molestarla, señora Miller —habló con acritud—. Usted sabe ahora quién es su vecina, ¿no es cierto? Ya sabe que no fue Ralph Fletcher su padre, sino el doctor Jekyll, un hombre de penosa reputación.

—Ella misma me lo confesó, sí —desvió la mujer su mirada.

—Le pedí que me dijera cuanto sabe. Por ejemplo: ¿ha atendido varias veces a Ivy en… en esos desvanecimientos que ella sufre?

—Usted sabe que sí —Maisie Miller sostuvo lealmente su mirada sin pestañear—. ¿Hay algo malo en ello?

—No, por el contrario, señora Miller. Siempre ha sido una vecina y una amiga ejemplar para esa muchacha.

—Hay quién asegura que me meto donde no me llaman. Pero las vecinas somos para algo. A mí sigue sin importarme que Ivy se llame Fletcher o Jekyll. Para mí, es la misma persona.

—¿Sufrió una crisis, un desmayo similar… la noche del sábado al domingo?

La pregunta sorprendió bruscamente a la mujer. Vaciló. Terminó inclinando la cabeza.

—Sí —aceptó—. A primera hora. Usted recordará que ella estaba en el lecho cuando esa maldita carta…

—Lo recuerdo. Quiero que me diga cuanto recuerde. ¿Estuvo todo el tiempo a su lado, durante ese desmayo?

—No sé a qué hora pudo darle. Yo la encontré inconsciente, tendida en la sala, sobre las ocho y cuarto de la tarde, o poco más. Me apresuré a meterla en cama, tras, tras limpiarle la sangre.

—¿Sangre? ¿Qué sangre? ¿Se hizo alguna herida al caer? —indagó vivamente Brian.

—Bueno, yo no descubrí su herida, pero tuvo que hacérsela. Había manchas de sangre en su mano derecha. Y en las baldosas. ¿Eso tiene alguna importancia, señor Lane?

—No, tal vez no. Es la salud de Ivy lo que me preocupa. Sabe que soy su amigo. Su mejor amigo. No haría nada que pudiese hacerle daño a ella.

—Sí, lo sé —asintió la buena señora, afirmando con su canosa cabeza. El rostro ancho y rugoso, salpicado de algunas verrugas, vulgar y tosco, reveló simpatía al continuar—: Lo cierto es que le bajé una taza de caldo para que se rehiciera mejor. Y estuve con

ella hasta que el señor Mansfield, el abogado, llegó.

—Sí, entiendo. Lo que usted ignora es cuándo se desvaneció ella exactamente, ¿no es así?

—Exacto. No la oí caer. De haber sido así, no hubiese tardado un momento en…

—Lo sé, lo sé —la atajó Brian, sonriente. Luego, añadió con mayor lentitud—: Y… y de madrugada… ¿volvió a perder el conocimiento?

—¿De madrugada? —Pestañeó la señora Miller—. Cielos, no sé. ¿Sobre qué hora? Usted estaba con ella cuando se desvaneció, pero eso fue al leer la carta e ir usted a por el doctor Montague. Yo no me separé de su lado en todo ese tiempo, recuérdelo.

—Me refería a más adelante. En plena madrugada. Digamos… de cuatro a cinco o poco más.

—¿Tan tarde? —La canosa cabeza de la vecina de Ivy se movió enérgica—. No, eso ya no me es posible decírselo. No sé más. Bajaba cada cierto tiempo a verla, pero mi sueño es algo pesado, y lo hacía cada dos horas o cosa así. Recuerdo que estuve a las once y media, a la una media o dos menos cuarto, a las tres y media, quizá a las seis la última vez, cuando ella dormía ya apaciblemente, aunque sin duda tras haberse levantado a lavarse un poco.

—¿Lavarse? ¿Por qué supone tal cosa? —indagó Brian con viveza.

—Bueno, llevaba su cabello húmedo esa última vez.

Bastante mojado. Pero dormía como un ángel —suspiró la mujer —. Pobre criatura…

Brian Lane no dijo nada. Consultó el diario que llevaba doblado sobre sus rodillas, buscando mecánicamente la columna de información sobre el tiempo, donde había subrayado con lápiz algunas líneas. Una de ellas atrajo su mirada pensativa:

> Lloviznó con alguna intensidad entre cuatro y media y cinco y cuarto sobre el sur de Londres.

CAPÍTULO VIII

Las primeras luces de gas iban brillando ya en la tarde nubosa. Con alguna antelación a la caída de la noche. La visibilidad, con la llovizna y la bruma, era escasa.

Brian golpeó otra vez con los nudillos en la puerta. Desde dentro, llegó una voz quejumbrosa y llena de recelo:

—¿Quién… quién llama?

—Un amigo. Abra, Otis.

—Lo siento. No tengo amigos. No quiero abrir.

—Abra y no sea necio. ¿Acaso no va a hacer hoy su trabajo habitual?

—No lo sé. Es pronto aún. Además, ¿qué le importa a usted eso? ¡Lárguese de una maldita vez!

—Tengo algunas guineas que ofrecerle, Otis.

—¡Al diablo con eso! —Sonó la voz agria del músico callejero, siempre tras la puerta—. No necesito su dinero. No quiero hablar con nadie. ¿Quién le dijo que lo haría?

—Nadie. En el Soho siempre se saben esas cosas.

—Pues no hablaré. Ni ahora ni nunca, señor. Pierde su tiempo. Si es un maldito periodista, guárdese sus guineas.

—No soy un periodista. Sólo una persona que le pagará bien sus informes.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí o grito pidiendo ayuda! —chilló Otis Laurel, histérico.

Brian renunció alejándose. Abandonó el corredor lóbrego y lleno de humedad, en cuyo fondo ocupaba Otis un cuartucho inmundo como alojamiento.

«Tendré que verle más tarde —se dijo—. Si no es esta noche será mañana. Pero alguna vez saldrá a buscar sus monedas habituales, por muy oculto que quiera vivir ese desgraciado».

Se alejó Brian caminando presuroso por el Soho. Se detuvo ante

las vidrieras rotas de la taberna de Polly Perkins. Maderos cruzados clausuraban puerta y ventanales. Arrugó el ceño. Recordó cuando había estado allí, buscando a Sidney Clemens.

—Clemens… —susurró—. Era buen amigo de Polly. Y la mataron. En el teatro… murieron los demás. El mismo teatro donde Clemens ensaya. ¿Por qué? ¿Qué hacía esa siniestra mujer si realmente existe… cerca de esos dos lugares?

Siguió adelante, hilvanando sus pensamientos. Recordó la noche en que acuchillaran a Gordon y Kate Leigh en su casa. Esa vez él y Ivy estuvieron juntos, pero cuando regresaban a casa. Ella se había quedado inconsciente, dormida por un sedante en un lecho del hospital donde Montague prestaba sus servicios y ellos utilizaban los laboratorios para sus prácticas en la Facultad de Ciencias Químicas.

Ivy estuvo esa noche algún tiempo sola. Montague, que también era un buen químico, se había estado ocupando de cuestiones suyas. También él. Y Ivy…

¿Estuvo Ivy dormida realmente todo ese tiempo y sin salir de la Facultad, tan cercana a Picadilly Circus y, por tanto, a la zona de Archers Lane? ¿Le hacían efecto normal a ella los sedantes? Sabía de casos en que el individuo era reacio a fármacos que para la mayoría obran normalmente…

Sacudió la cabeza. Era un biólogo no un detective. Estaba dejándose llevar por monstruosas sospechas. Por cosas que nunca hubieran cruzado su imaginación si… si Ivy hubiera seguido siendo Ivy Fletcher simplemente y no… Ivy Jekyll.

«Dios mío, el influjo de un simple nombre no puede cambiar tanto las cosas —se dijo, deteniéndose y enjugándose el sudor que, como la fina llovizna ambiente, humedecía su rostro bajo el sombrero de copa alta—. Ivy… Ella no puede tener relación con nada de todo este horror, estoy seguro».

Pero aun sin querer, recordó las manchas de sangre en sus zapatos abotonados de alto tacón.

Y recordó lo que dijera la señora Miller, descuidadamente: «La limpié de sangre, aunque no encontré su herida…».

Había llegado ante otra taberna. El Soho estaba lleno de *pubs*. Entró, ávido de un trago, por vez primera en mucho tiempo. Se acercó al mostrador, donde se alineaban algunos hombres, entre el

revuelo de su amplio macferlán oscuro.

—Un *whisky* —pidió roncamente a la rolliza cantinera pelirroja que atendía el mostrador aceptando bromas soeces, pellizcos y burlas de sus clientes con todo desparpajo.

—Enseguida, guapo caballero —dijo ella, guiñándole un ojo, con una risita.

Brian no la escuchaba. Estaba mirando fijamente a otro cliente, situado casualmente a menos de dos yardas de él, al extremo del mostrador.

—Vaya… —silabeó Lane—. Basta entrar en una taberna para dar contigo, ¿eh, Clemens?

* * *

El joven y rubio actor palideció intensamente. Sus ojos despidieron ira y disgusto. Aún mostraba en su rostro las huellas de la soberana paliza recibida a manos de Lane. Ante sí tenía ya tres jarras de cerveza. Dos vacías. Casi acababa la última. El sospechoso color oscuro del líquido hizo sospechar a Brian que bebía cerveza mezclada con *brandy*.

Eso no era todo. De su brazo colgaba una mujerzuela rubia y opulenta. Le gustaban así: rubias y opulentas, burdas y desgarbadas. Eran su debilidad. Las mujeres de esa clase, y las que tenían dinero. Sólo eso. Le dio náuseas.

—Vete al diablo, Brian Lane —masculló con rencor Clemens—. Algún día ajustaremos cuentas tú y yo. No creas que me olvido de las cosas fácilmente.

—Espero que aguardarás a tenerme de espaldas, para poderme golpear a traición. Es lo que saben hacer los bastardos como tú —replicó, despectivo Brian, tomando un sorbo de su bebida—. Y apresúrate a hacerlo o terminarán antes contigo.

—¿Qué diablos quieres decir con eso, cerdo? —farfulló Clemens, rodeado su hombro por un brazo de la exuberante rubia de turno.

—Nada. Yo que tú no me fiaría demasiado de las mujeres. ¿No has leído los diarios? Dicen que anda una por el Soho acuchillando a la gentuza como tú. Tal vez te buscaba la otra noche en el Globo.

—Eh, amigo, no nombre aquí a Lucifer —se persignó la pelirroja

cantinera—. Ese monstruo que anda por ahí matando gente, no es tema de mi gusto.

—No, no es agradable saber que una mujer de quien se dice que causa pavor a quien la ve, ande por ahí acuchillando a quien se cruza en su camino. Aseguran que parece un lobo.

—Como en tiempos del doctor Jekyll —recordó alguien despavorido pidiendo otro trago para pasar su miedo—. ¿Alguien lo recuerda aún?

—Claro —rió despectivo Clemens, vaciando su jarra de cerveza y rodeando a su vez a la matrona rubia que tenía junto a sí, con un brazo defectuoso. Miró agresivo a Brian—. Debe andar suelta la propia hija del doctor Jekyll, ¿no crees, amigo?

Brian entornó los ojos. Observó que tras decir eso, Clemens eludía su mirada y se mordía el labio inferior, como si hubiese hablado de más. La gente, sobresaltada, miraba al actor, tras escuchar su sugerencia.

Rápido, Brian dejó su bebida. Avanzó por el mostrador hacia Clemens. Éste se soltó de la rubia, en movimiento instintivo de repliegue.

—¿Por qué has dicho eso, Clemens? —interpeló—. ¿De dónde sacaste tal idea?

—No, no he dicho nada en serio… —rechazó él, amedrentado—. No vayas a creerte todo lo que digo, Lane. Yo bromeaba…

—Puede que bromeases. Pero sabes algo. Dime, bastardo, ¿quién te ha informado de cosas que no tienes por qué conocer?

—Yo… yo he visto a Ivy, hablé con ella… —jadeó Clemens, tembloroso ante la proximidad de Lane, acurrucado junto a una vidriera.

—¡Mientes! He dejado esta tarde a Ivy y no quiere ni hablar contigo siquiera. Ella no iba a decirte nada. ¿Quién ha sido, maldito bribón? ¡Habla o termino de estropear tu cara!

La vidriera cedió al retroceder más Clemens. Era una puerta trasera y, ágilmente, huidizo como una rata, el actor aprovechó para saltar al exterior y correr como un gamo en la niebla del anochecer.

Brian le iba a seguir cuando la cantinera pelirroja se le interpuso brazos en jarras.

—Eh, amigo, antes de nada pague su copa. Por guapo que sea,

prefiero su dinero…

Brian, furioso, rebuscó en sus bolsillos, bajo el macferlán, hasta hallar una moneda que tiró a manos de la robusta cantinera. Luego la apartó de un empellón y saltó al asfalto negro y charolado de la calle.

Ya no vio ni rastro del asustado Sidney Clemens. Lo había perdido.

Buscó en vano por las callejas adyacentes. Estaba nervioso, en tensión. De algún modo se había enterado en breves horas Sidney Clemens de que existía una hija de Jekyll… y ésa era Ivy. No había sido ningún comentario al azar, sino una imprudencia dictada por el alcohol. Quienquiera que le informó le aconsejó no hablar, y Clemens volvió a obrar torpemente.

Los periódicos habían traído ya la noticia de su ruptura oficial con la hija de *sir* Edgar Knox. Clemens podía ahora fingir ayudar a la hija de Jekyll con tal de ganarse de nuevo su confianza. Quince mil guineas eran un sabroso bocado. Pero ¿quién le dijo al actor que ella era Ivy Jekyll y no Ivy Fletcher?

Era un misterio. Y un misterio que no le gustaba nada. Había algo feo y torvo tras de ese informe enigmático.

Brian Lane se metió en un teatrillo de vaudeville, para matar las horas. Estaba dispuesto, esta misma noche, a llegar al fondo de un asunto que empezaba a crispar sus nervios. Y a provocar en él sospechas oscuras y terribles.

Y, casi, casi, a causarle miedo.

* * *

El rostro…

El rostro en el espejo.

No lo olvidaría nunca. No era fácil olvidar cosas así.

Se contempló a sí misma, tras cerrar la puerta con pestillo. No quería que la señora Miller la sorprendiese ahora. La entrometida de arriba podía, ciertamente, bajar por el mismo patio, si así lo deseaba, pero no esperaba que llegase a tanto.

Quería estar sola. Sola consigo misma. Sola con… su otro yo. Con la señorita Hyde.

El frasco verde se alzó en su mano, que temblaba levemente. El vidrio azogado seguía devolviendo su propia imagen.

Tomó un trago. Sintió aquellas náuseas habituales. Se echó atrás, tapando rápida el recipiente del brebaje diabólico del doctor Jekyll.

Ahora sabía que el elixir siniestro jamás fue destruido. Estuvo allí, esperándola durante años enteros, para que la heredera del doctor Jekyll continuara.

Era tan embriagadora la sensación de saberse *otra* diferente. Y con aquel rostro, a la vez espantoso y, sin embargo, deseable…

Aquel mareo… Otra vez oscilaba todo en derredor. Otra vez el bailoteo de imágenes, la bruma, las convulsiones.

Cayó de bruces en la alfombra. Alzó los ojos al espejo, esperando ver cómo su rostro era distinto, cómo el vidrio azogado le devolvía otra imagen de su faz Cómo Ivy Jekyll se convertía en Ivy Hyde.

Eso significaba matar. Destruir. Aniquilar. Salir a las calles, siendo otra mujer. Una mujer de perfumes estridentes y dulzones, de instintos homicidas, crueles… Una mujer ávida de sangre y de muerte.

—Sí… Ya lo noto —jadeó—. Dejo de ser Ivy Jekyll para ser Ivy Hyde… —susurró—. Así ha sido siempre… Desde antes de este brebaje. Estaba ya en mí. Formaba parte de mi alma y de mi sangre. Mi padre me dejó marcada para siempre. Ahora… ahora sólo estoy consiguiendo que Ivy Hyde domine y venza a Ivy Jekyll. A la estúpida, despreciada y necia de Ivy Jekyll… ¡Sidney Clemens llorará ante Ivy Hyde, pidiendo clemencia! ¡Todos temblarán ante mi rostro verdadero, ante la otra cara de mi alma…!

Reía y sollozaba a la vez. Acaso gritaba, no podía saberlo. Pero lo cierto es que sólo captaba brumas, que se sentía mal, muy mal…

Y que, de repente, algo así como el soplo mismo del helado cierzo de las tinieblas, agitaba sus escasas ropas, los cortinajes… Que un viento del infierno rozaba su piel, provocándole un largo escalofrío que era, acaso, el insano placer del odio, el supremo deleite del Mal, apoderándose de ella…

Y como en un sueño estremecedor, la imagen allá, en el espejo. Otra vez. Aquel rostro flotando, aquella imagen suya que no parecía ya suya…

El rostro de Ivy Hyde…

Reía y reía histéricamente, como una loca poseída de goces ignorados por los demás mortales. Se deleitaba contemplando su metamorfosis. Mirándose a sí misma, a como ella realmente era y había sido siempre, en el abismo insondable de su espíritu y de su mente…

La fealdad espantosa del mito… El horrible monstruo bestial que fuera míster Hyde para el vulgo…

Mentira. Todo mentira. Allí estaba la respuesta. La increíble respuesta.

No. No era esa fealdad torva, epidérmica, velluda y monstruosa de que habla el vulgo asustadizo e ignorante…

Ella… ella ahora era hermosa… hermosa.

Más hermosa aún que antes.

El rostro… el rostro de la señorita Hyde, era un rostro fantástico, increíble. La belleza misma del Mal…

Como una máscara. Como una bellísima escultura, de un azul fantasmal, de una lividez de muerte, azulada y extraña, de facciones hermosas y frías, de pétrea inmovilidad, como tallada en piedra opalescente… Y los ojos…

Unos ojos diabólicos, rasgados, siniestros y terribles, rodeados de oscuras sombras. Una faz de súcubo hermosísima y satánica, de cejas arqueadas, que parecían buscar el arranque de su cabello azul de hielo…

Hermosa e insensible. Maligna y cruel. El Mal hecho mujer. El Mal hecho belleza. Una belleza deshumanizada, increíble, que recordaba la de un Satán femenino…

—Sí… —se oyó decir a sí misma, en un murmullo, que ni siquiera parecía brotar de su boca, de su garganta, de su cuerpo, que flotaba en las brumas que rodeaban su rostro del espejo, la azul belleza del Mal desencadenado—. Ahora a matar, a que la sangre corra. Jekyll y Hyde circulan por mis venas y anidan en mi mente… Matar… ¡Matar…! El hombre que me ha visto por las calles no volverá a verme sino una vez más… ¡La última! Luego…

¡Luego Sidney Clemens, el hombre indigno de vivir, el miserable bastardo…!

Y una demoníaca carcajada hizo estremecer incluso los vidrios del gran espejo.

CAPÍTULO IX

Brian Lane corrió acera arriba.

Estaba cerca de Bourchier y Dean. Algo alejado de sus habituales escenarios. Pero la musiquilla era la misma. Siempre la misma, a cada vuelta de manubrio en la niebla densa de la noche…

Otis Laurel no había podido resistir más. Necesitaba dinero el pobre diablo. Había dejado su cuchitril para recoger unas monedas. Se alejó de su área, pero Brian había buscado y buscado sin parar en la noche. Seguro de encontrar a su hombre…

Ya lo tenía. La musiquilla venía de su derecha. Sólo dos manzanas, y estaría junto a Otis. El músico callejero tendría que responder esta vez. Apresuró el paso.

Repentinamente, la música se detuvo con una última nota alargada y repentinamente rota.

Después un grito agudo, espeluznante. Un alarido de horror, de agonía acaso…

—¡Otis! —rugió Brian—. ¡Otis…!

Sacó la pistola de su bolsillo. Corrió en la niebla, haciendo un disparo al azar, que retumbó estruendosamente en la callejuela sinuosa.

Oyó pisadas, carreras. El grito era ahora un estertor cercano. De pronto, lo vio.

Se detuvo, jadeante. La caja de la manivela yacía, astillada, en tierra. Sobre el empedrado, negro charol por la llovizna y la niebla, enrojeciéndose por la sangre que corría. Se agachó. Pisadas huecas, distantes, rebotaron en las piedras.

Se halló ante el rostro lívido del viejo músico sin un brazo, rotos sus negros lentes en el suelo, bañada en sangre su cara, su única mano, su pecho, su cuello. Brotaba el rojo intenso a borbotones.

Aun así, le oyó jadear, entre dientes:

—La… la mujer… Era ella… —y musitó una letanía extraña—:

Judy, Ivy, Kay…

—¿Qué ha dicho? —masculló Brian, lívido, estremecido—. ¿Qué nombres son ésos?

—Ella… Polly… los nombró… Su amante… prefería a Judy, Ivy, Kay… Pero esa mujer… El monstruo… Era… era… increíblemente… hermosa, pero no era… humana…

Su cabeza canosa pegó en el empedrado. Estaba muerto, vidriados sus ojos, enormemente abiertos e incoloros. Lane oía silbatos policiales lejanos. Se incorporó. Echó a correr en la dirección de las pisadas de antes. Con zancadas inverosímilmente largos. La vista fija en el empedrado.

Sangre.

Gotas de sangre. Un reguero. Un rastro seguro.

Más allá, tras un tintineo que hirió sus oídos, encontró el destello azul y escarlata del largo, afilado cuchillo en la calzada. No se inclinó a recogerlo. Siguió su carrera, y luego fue un guante. Un guante gris, manchado de rojo. Lo tomó, sin dejar de correr. Estaba cerca.

Muy cerca. Lo presintió de súbito. Pese al silencio. No había carreras, pero allá, en la bruma, en alguna parte estaba ella.

Ella. El monstruo. El asesino del acero cortante y feroz.

Avanzó, resuelto. Entonces sí captó el leve jadeo casi inaudible. Un ser vivo se mantenía quieto, rígido en la bruma, esperando que él pasara de largo. Su aliento estaba tan cerca, que sintió su roce helado en la nuca.

Dio media vuelto brusca. Saltó adelante. Sólo un paso.

Y los espesos jirones de niebla, como humo, se rasgaron ante sus ojos.

La vio.

Vio a la mujer increíble, erguida ante él, a menos de media yarda. Mirándole terriblemente, con ojos amarillentos y malignos como los de un gato o una pantera negra.

Ella…

El hermoso rostro del Mal, hecho humano. Hecho mujer. La belleza maléfica del odio y de la muerte, de la crueldad y de furia… Una nueva Gorgona de cabellera azul, de rostro de piedra lustrosa y fría, flotando en la niebla…

De la boca crispada, intensamente púrpura, de la mujer inaudita,

brotó un sonido, mitad risa, mitad alarido. Una mano ensangrentada se alzó como una zarpa siniestra en el aire…

Brian alzó su pistola. Iba a disparar. La voz de «ella» fue como un ronco jadeo infrahumano:

—¡No puedes vencerme, Brian Lane! ¡Nadie vence a la sangre de Jekyll y Hyde…!

Retrocedió, como golpeado por un mazo. Le faltó valor para apretar el gatillo a bocajarro. En cambio, la poderosa, salvaje, casi bestial zarpa de la mujer, le alcanzó en pleno rostro.

Unas uñas afiladas, punzantes como garfios, le rasgaron el rostro. Sintió el dolor, la sangre corriendo; cayó atrás, golpeando el muro de ladrillos…

La bellísima y monstruosa señora Hyde, iba a caer sobre él. Disparó entonces. La bala no alcanzó a la señora Hyde. Pero la hizo retroceder con un jadeo ronco. Como una bestia amedrentada, aulló, hundiéndose nuevamente en la niebla.

La sangre, goteando copiosa del zarpazo que cubría su frente y mejilla, dificultaba la visión de Brian Lane. Pese a ello se incorporó, buscó por doquier…

Ya no había ni rastro de la señora Hyde.

Había desaparecido.

Los silbatos policiales sonaban cerca. También las recias pisadas de los *policemen*. No quería dar explicaciones inútiles y, quizá, muy difíciles. Optó por alejarse, sigilosamente, por el dédalo de callejuelas del Soho, siempre laberinto propicio a todas las evasiones.

* * *

Despertó.

Había sangre. Sangre en sus manos, en sus ropas… Gotas de sangre en el suelo.

Se incorporó, aterrada. Tembló, convulsa. Se miró en el espejo.

Se vio otra vez como antes de caer inconsciente. Antes de ver el hermoso rostro del Mal. Su *otra* belleza, perversa y diabólica. Pero *algo* había sucedido entretanto.

—Ivy Jekyll… —se contempló, pálida, estremecida—. Ivy, Dios

mío… ¿Qué está siendo de ti? ¿Quién vencerá en esta batalla? ¿Se repetirá todo como… como entonces?

Tambaleante, deambuló por la habitación. La ventana al patio estaba abierta. Entraba aire helado, húmedo. Y gotas de lluvia… Tocó sus cabellos largos, despeinados. Estaban mojados.

Corrió a la ventana. La iba a cerrar, cuando sus ojos se clavaron en el cobertizo. Algo atrajo su atención. Clavó los ojos en las rendijas de una de las ventanas cerradas herméticamente, pero cuyos postigos ofrecían grietas de vejez en la madera podrida. Luz.

Había luz.

La amarillenta luz del gas, filtrándose por la ventana. Tembló. Una trémula impaciencia sacudió su ser. No recordaba. No podía recordar nada. Sólo niebla, su propia voz, flotando en el vacío, su transformación horrible en una especie de bellísima Medusa.

Aquella luz… El laboratorio de su padre, la ventana abierta…

Entendía. Primero había ido al laboratorio por alguna razón. Acaso allí estarían sus prendas de señorita Hyde… Y más sangre. Las pruebas de todo. También el laboratorio había sido el refugio, el escondrijo de su padre, en los momentos en que Hyde fue ganando la partida de Jekyll, apoderándose de él…

Si la señora Miller veía la luz, todo estaría perdido quizá. En cuanto su vecina sospechara la verdad, no tendría valor para callar. Lo revelaría a la policía. Sería el fin. El fin de Ivy Jekyll-Hyde.

Salvó el alféizar.

Bajo la fina llovizna, levantó los ojos. Había luz en el piso alto, pero no vio rastro de la señora Miller. Corrió rápidamente a través del patio, sobre el césped y la hierba silvestre de la vieja casona donde empezó la historia de un experimento más allá de lo conocido. Y donde, quizá, terminaría también todo…

Alcanzó el cobertizo. Se pegó a la puerta. La había dejado sólo entornada en su alocado regreso, quizá tras una nueva orgía de sangre que su *otro yo*, el de Ivy Jekyll, desconocía por completo.

Empujó lentamente. Se sorprendió. Estaba engrasada. No producía ruido alguno. Era curiosa la astucia de Ivy Hyde. Estaba en todo. Lo pensaba todo… Tan diferente a la alocada e ingenua Ivy Jekyll…

Entró. Era la luz del laboratorio la que dejara encendida. Un solo globo de gas a media llama. La oscuridad de la noche hizo que

destacara la grieta de luz. Avanzó en la penumbra de la antecámara del viejo, siniestro laboratorio, principio y fin de todo el horror…

Y, de repente, paró en seco. Como golpeada por algo que congelase la sangre en sus venas.

No estaba sola. Había alguien en el laboratorio. Justo tras la mampara de vidrio polvoriento, tras la columna de estuco desprendido y quebrado. Apenas visible para ella.

Temió que el mundo se derrumbase bajo sus pies de un momento a otro. O que el firmamento se desplomase, aplastándola de modo definitivo. Era el fin. El desastre.

Aun así, cauta, sigilosa, trató de escuchar. Avanzó unos pasos, muy pocos.

No era una sola persona. Había más. Dos, cuando menos. Porque había conversación. Murmullos, una charla susurrada. Aguzó el oído cuanto pudo, sin atreverse a ir más adelante.

Era… era la voz de un hombre la que sonaba. Ronca, profunda:

—… ¿Crees que eso puede resultar, querida?

Un breve silencio. Otra voz. Ahora, femenina. Apagada, difusa:

—Resultará. Tenemos todos los triunfos en la mano. Yo sé cómo hacer mi parte. El resto depende de ti. Espero que sepas cumplir tu papel.

—Será difícil que ella…

—Tienes que hacerlo. Es la base de todo. Ahora puedes demostrar tus condiciones de gran actor, ¿a qué otra ocasión esperas, estúpido?

¡Sid! Sidney Clemens… dentro del laboratorio.

¡Oh, cielos, esto no!, pensó con un escalofrío. Precisamente él, Sid…

Pero su voz ahora, fue como un trallazo para los sentidos todos de Ivy:

—Querida, ¿cómo puedes estar tan segura de que resultará? Conforme en que es la hija de aquel doctor Jekyll, pero… ¿eso puede resolverlo todo?

—Absolutamente todo, ¿es que no lo entiendes? Yo empecé ya mi labor. Tengo el historial clínico de Ivy Fletcher, o Ivy Jekyll, como quieras llamarle. Cedric lo conserva, con apuntes suyos. Sabe que ella sufre un trauma psíquico. Padece vértigos y desvanecimientos. También alucinaciones y pesadillas. Es

impresionable. Heredó de su padre su hipersensibilidad psíquica. Mentalmente, es equilibrada, Cedric ha comprobado eso. Pero ella no lo puede saber. Sabes que tengo dotes de sugestión, que sé hipnotizar, incluso… Ya empecé a hacerlo. Ella… ella creerá que tiene dentro de sí *dos* personas diferentes: Ivy Jekyll… Ivy Hyde. Lentamente, aceptará esa verdad. Su sensibilidad extrema y sus depresiones harán el resto. Saber que es hija de Hyde, que vive en su propia casa, es demasiado para su mente. Terminará por imaginarse que es la hija de Jekyll en todo. Incluso en la doble identidad de mujer normal y de monstruo feroz.

—Pero ¿y el resto? ¿Cómo harás el resto?

—Estúpido… Ya ves que hay infinidad de crímenes en el Soho. Casi nunca hallan al culpable. Será Ivy Hyde. Yo inculcaré eso en su mente. Ya lo estoy haciendo. Esta noche estará pensando que ella es ese monstruo. Alguien morirá. Y si no muere… ¡yo mataré, Sid!

—Kay, ¿te has vuelto loca? ¿Tú? —Se horrorizó él.

Ivy, demudada, no cabía en sí de horror, de incredulidad. Un abismo de realidades insospechadas, se abría ante sí. ¡Kay Montague! Y Sidney… Amantes, cómplices en una trama diabólica para destruirla…

Incluso asesinos, si era preciso. Todo para… ¡para destruirla a ella! Pero ¿por qué? ¿Por qué?

La propia Kay Montague le dio la respuesta. Su amiga de aquella tarde de paseo bajo la lluvia. La mujer que, sin duda, la fue sugestionando e hipnotizando cuando se detuvieron en aquel salón de té, solitario y retirado…

Ella exponía los motivos, los grandes motivos de su complot siniestro:

—Para que todo resulte, la iré sugestionando de modo que vuelva a sentir pasión por ti. Se olvidará de Brian y su amistad. Sólo pensará en Sidney Clemens. Te será fácil seducirla, ganar de nuevo su confianza, casarte con ella… Entonces llegará el golpe supremo. Toda una serie de pruebas la acusarán de homicida. Prenderemos fuego a este lugar. Ella morirá en él, cuando la policía la busque para arrestarla… Y tú, el desolado viudo de una mujer desdichada, que sufrió el mismo mal paterno, heredarás quince mil guineas a repartir conmigo, naturalmente. Como siempre convinimos, fuese ella o Judy Knox tu esposa de turno…

Asesinos…

Eso es lo que eran. Dos asesinos sin conciencia. Un frío plan deliberado. Una mujer abominable, un hombre ambicioso y sin escrúpulos…

Cometió el error de perder la serenidad ante el horror recién descubierto. Dio un paso a un lado, para escuchar mejor y no ser sorprendida. Logró un resultado totalmente opuesto al pretendido.

Golpeó un viejo mueble. Rápidamente, ellos salieron de su rincón, volvieron la cabeza, la descubrieron…

—¡Maldita sea, es ella! ¡Es Ivy! —aulló Clemens, descompuesto.

Kay Montague, una Kay fría, arrogante, altiva y cruel, como Ivy jamás pudo sospecharla, corrió hacia ella, cuando la vio intentar la huida del viejo cobertizo maldito.

La alcanzó, tapando su boca justo cuando iniciaba Ivy un grito agudo de socorro. La redujo, con fuerzas considerables, ayudada por Sidney que, jadeante, logró apoyar a la exasperada Ivy contra el muro.

—Todo se echó a perder, maldita sea… —jadeó el actor—. Ella lo ha escuchado todo, Kay. No aceptará ya nada. Huirá de nosotros. Incluso puede denunciamos por intento de asesinato.

—Calla y no seas estúpido —le cortó Kay glacialmente. Su rostro era una máscara de odio y maldad—. Déjame pensar… Con nerviosismos histéricos no se gana nada. Es obvio que ella ya no nos sirve. No colaborará. No podemos inducirla lentamente a que se crea Ivy Jekyll-Hyde. Pero la tenemos en nuestro poder. Y nadie sabe nada aún.

—¿Qué… qué quieres decir? Matándola no lograremos nada. Su dinero está a salvo, en el Banco… Y nadie nos lo entregaría así como así, ni aun obligándola a firmar un…

—¡Dije que callases! —Se enfureció Kay, lívida. Reflexionó con rapidez. Luego, miró los ojos despavoridos de Ivy, fijos en ella. La mano de Clemens taponaba ahora su boca. Una lenta mueca complacida, crispó los labios de la señora Montague—. Espera… Vamos a intentarlo todo a una sola carta. Voy a hipnotizarla, Sidney. La dormiré. Hará lo que le pidamos. Incluso… incluso casarse contigo esta misma noche. Ante cualquier juez de paz, ¿entiendes? Arreglaremos eso en cuanto ella, bajo trance hipnótico, dé el *sí*. Luego… inventaremos algo. Y cuando muera, serás ya el

esposo de Ivy Jekyll y, por tanto, su único heredero… La muerte será rápida, naturalmente. Por accidente o cerca de alguna persona acuchillada brutalmente por mí previamente. La hija de Jekyll habrá terminado como su padre. Y todo será igual. Vamos, redúcela. No hay tiempo que perder.

—No se dejará hipnotizar. Se opondrá con todas sus fuerzas… —jadeó Sidney Clemens, apurado.

—Eso, déjamelo a mí. Si no cede voluntariamente, buscaré algo, un narcótico o un sedante. Eso facilitará las cosas… Bien, preciosa e inteligente señorita Jekyll, ya que no has querido ser la señorita Hyde también… ¡yo haré que lo seas!

Ivy, desesperada, se debatía entre los brazos de Clemens. Más que nunca hubiera deseado que su otra personalidad surgiese, que la verdadera Ivy Hyde que ellos dos querían inventarse, apareciera para su terror… y su muerte merecida.

Pero era solamente la débil, vencida, aterrorizada Ivy Jekyll, al borde mismo de la muerte, en manos de aquella pareja de miserables.

Ivy Hyde, no quería aparecer. O no podía hacerlo.

Kay Montague, con su fija, penetrante mirada maligna, se movió despacio hacia ella. Iba a comenzar su intento de sugestión, a reducirla a una simple marioneta que dijera a todo que sí, antes de ser lanzada a una muerte cruel y premeditada…

Ya que Ivy Hyde no acudía, si cuando menos lo hubiera hecho Brian, su fiel y bravo Brian Lane…

Pero ni esa esperanza le quedaba, encerrada en aquel laboratorio siniestro. Aunque tal vez, después de todo, era el justo castigo a una mujer como ella, capaz de convertirse durante la noche en una bestia sanguinaria, de satánica belleza…

—Escucha, Ivy Jekyll… —comenzó reposada, gravemente, la voz profunda y autoritaria de Kay, obligándola brutalmente a encarar sus ojos a los de ella—. Escucha y será todo mejor para ti. Escucha mi voz, mira mis ojos y obedece mis órdenes…

Sintió que temblaba, que le vacilaba todo en torno. Un sudor helado humedecía su piel. No quería mirar. Pero miró. Kay tenía poder magnético, fuerza de sugestión, ojos taladrantes y dominadores…

Miró.

Y vio…

Vio a la señorita Hyde otra vez.

El rostro azul del espejo… La hermosísima y maligna máscara de mujer…

Detrás de Kay Montague y de Sidney Clemens. Flotando en la penumbra. Pero no entre nieblas ahora, sino sobre un cuerpo. Un cuerpo sólido, femenino, envuelto en ropas grises y granate oscuro…

Era ella. ¡Ella, Ivy Hyde… desdoblada!

Como si fuese otra mujer.

Ambas a la vez. Dos rostros. Dos cuerpos. Dos personas…

No, no tenía sentido. Y ellos no lo advertían. Como hipnotizada, desorbitados sus ojos, Ivy asistía al prodigio, a la materialización de aquel horror viviente.

—Escucha, Ivy… —seguía Kay, inexorable—. Escucha y obedece. Soy tu dueña…

Una mano crispada, extrañamente fría y helada, de un color azulado, como el de un cadáver en descomposición, se elevó lentamente, a espaldas de Kay. Los ojos de Ivy se dilataron horriblemente.

Y Kay creyó captar algo en ellos. Giró la cabeza, sorprendida.

Un alarido de horror infinito escapó de su garganta. Se encaró, incrédula, con la figura de mujer siniestra, con la monstruosa señorita Hyde de las noches del Soho…

Algo afilado y corto, esta vez un bisturí médico, seccionó el cuello y boca de Kay Montague. Su alarido se bañó en sangre.

Sidney Clemens, con los cabellos erizados, soltó a Ivy, que gritaba y gritaba, despavorida, encogida sobre sí misma, mirando a aquella visión dantesca. Clemens, desesperado, aferró una retorta de vidrio, cargó contra la mujer diabólica, estrellándole el objeto en el rostro.

Los cristales rodaron, como si golpeara granito. La faz lívida, azul, giró hacia él. Malignos ojos amarillentos, dorados y crueles, se fijaron en Clemens.

Una voz ronca, profunda, perversa, que Ivy recordó haber oído cuando flotaban sus pensamientos y sus sentidos, caída ante el espejo, brotó de aquella horrible y a la vez hermosa, perversamente hermosa boca púrpura:

—Sidney Clemens, ¡muere! Nadie vence a la señorita Hyde…

Y el bisturí descendió, feroz, hasta clavarse en Clemens. Debió alcanzar su cerebro porque, con un alarido pavoroso, prolongado, el rubio actor se echó atrás, quedóse súbitamente silencioso, con su boca abierta y crispada… y rodó de bruces, a los pies de la horrorizada Ivy Jekyll.

Maligna, cruel, despiadada, como un demonio de hermosura inhumana y fría, se movió la hembra sanguinaria hacia Ivy. De sus ropas, en su enguantada mano, brotó otro filo de acero, un corto y punzante estilete.

—Ahora tú, hija maldita del maldito doctor Jekyll… —silabeó—. ¡Siempre hemos sido los Hyde los más fuertes…!

Y alzó su brazo armado, sobre la desventurada Ivy…

El grito ronco de ésta se ahogó en un sollozo quebrado, impotente.

CAPÍTULO X

De repente, la faz hermosa y maligna se diluyó.

Fue como una máscara de cera que gotease. O como un espejo de ilusionista, cambiando de imagen. Una metamorfosis increíble…

Quedaron las ropas, las manos, que dejaron de ser azules, crispadas como garras del Mal, para tomar una forma achatada, rugosa, rolliza incluso.

Los cabellos azules, como hilos de vidrio o de piedra azul, se volvieron canosos. La faz malévola cobró una expresión afable y benigna. Algunas verrugas salpicaron la faz familiar…

—Oh, no, ¡no! —sollozó Ivy, con horror—. ¡Usted! ¡USTED, SEÑORA MILLER…!

—Sí, hija mía… —los ojos de Maisie Miller, su amable vecina, se cubrieron de humedad—. Yo… Maisie Miller… Maisie Hyde…

* * *

—Pero ¿cómo… cómo? —gimió Ivy, desesperada, estrujando ambas manos.

Maisie alzó lentamente su rostro de los dos cuerpos y la miró tristemente.

—Hace ya años. Muchos, hijita… —murmuró—. El doctor Jekyll era ya viudo, tenía una hijita pequeña… Yo trabajaba a su servicio. Y sucedió aquello… Su muerte fue algo terrible créeme.

—Usted conoció a mí padre…

—Sí, Ivy, pequeña. Yo le conocí bien. Me alejé de aquí, horrorizada, tras el fin de su existencia de investigador insaciable. Pero no me fui sola. Me llevé conmigo… lo que él ordenó destruir.

—¡El elixir!

—Sí… El brebaje maldito. No sé por qué lo hice. Quise

conservar algo de él. Lo que tanto daño hizo y tanto podía hacer. Pasaron los años… Un día, gentes poderosas me hicieron daño, me dejaron en la calle, arruinada. No podía nada contra ellos. Las leyes les protegían. No debí hacerlo. Nunca debí intentar la venganza, ni siquiera por una sola vez… El Mal… El Mal es como decía tu padre… Un monstruo que vive dentro de nosotros. Y que si llegamos a alimentarle, crece, crece y nos devora, aniquilando nuestro propio ser y nuestra conciencia, nuestro espíritu, nuestro cerebro…

—Oh, señora Miller, es horrible…

—Horrible. Todo lo fue. Caí en la tentación de sentirme fuerte, perversa, cruel, por una sola vez en mi vida. Tome el brebaje. Y sucedió así. Pero así como tu padre, joven y arrogante, cambiaba monstruosamente, yo, vieja y poco atractiva… me convertía en lo que mi otro yo quería que hubiera sido: una mujer hermosa, seductora, irresistible. Pero el Mal siempre deja su huella. La mía es una hermosura inhumana, cuando me convierto en Maisie Hyde…

—Dios mío…

—Fue mi venganza. Y mi castigo. Luego, las cosas me fueron algo mejor. Pero ya había en mí un nuevo ser en embrión: mi propio Mal. El monstruo interno de cada uno, se agigantó. Y me hizo volver aquí. A la vieja casona…

—Pero… pero entonces… yo… ¡yo no soy Ivy Hyde!

—No, hija, claro que no. Nunca lo fuiste. La maldita Maisie Hyde lo hacía todo, incluso acusarte con indicios, aprovechando tus desvanecimientos, que heredaste de tu padre, sin duda. Mi siniestro y perverso *otro yo* lo dispone todo para acusarte, para enloquecerte… Ese brebaje que te llevaste de aquí… supe que lo hacías. Ni siquiera era nada malo. Un simple jugo de extractos hepáticos y vegetales, un medicamento mío de hace años, que jamás usé, y dejé aquí olvidado. Dios mío, mi pobre amiga… Cuánto te hice sufrir, como Maisie Hyde… Pruebas, evidencias, indicios… Gotas de sangre, trapos manchados, mi aparición cuando tomabas el brebaje, para hacerte creer en tu metamorfosis… Luego, quería reparar el mal hecho y no podía. Sólo te ayudaba en la medida de mis fuerzas. Ahora, ahora mismo, si yo volviera a ser Maisie Hyde, lo cual sucede cada vez con mayor frecuencia, yo… yo… ¡te destrozaría cruelmente, con sadismo, con maldad sin límites…!

—Oh, no, señora Miller, eso no…

—No, no temas… —se inclinó, aferrando de nuevo el estilete—. Voy a terminar como debe ser. ¡Aniquilándome yo misma!

—No, por Dios, no lo haga… —suplicó Ivy.

Pero la señora Miller alzó el arma, dispuesta a usarla contra sí.

Entonces, súbitamente, su faz comenzó a cambiar de nuevo.

Se tornó tersa, azul, hermosa… Sus manos se estiraron y afilaron, sus ojos benignos se hicieron malignos, diabólicos…

—¡Otra vez…! —chilló Ivy, horrorizada—. ¡Usted, Maisie Hyde…!

—Sí —susurró ella, sonriendo perversa—. Maldita Maisie Miller… La venzo. La vencí de nuevo, muy a tiempo… Quería acabar conmigo… ¡Tú serás quien acabes para siempre, Ivy Jekyll!

Y se precipitó sobre ella, con su larga carcajada siniestra, infernal, dispuesta a degollarla, como a todas sus víctimas…

* * *

Fue un disparo.

Uno sólo.

Alcanzó la nuca de Maisie Hyde. La paró en seco.

Ella se volvió, con un rugido. Encaróse a su agresor. Antes de empezar a caer, con un alarido de ira, de furia, de horror y maldad sin límites, reconoció al hombre que había hecho un disparo de pistola contra ella, desde la puerta del laboratorio.

Era Brian Lane.

—Maldi…tos… —jadeó, cayendo de rodillas primero, de bruces después.

—¡Brian! —gritó Ivy.

Y corrió a sus brazos, cayendo en ellos, rota en sollozos. Musitaba entre dientes, convulsa la voz:

—Oh, Brian, si supieras… No creerás cuando…

—Calma, calma, querida —la confortó él—. No tienes que contar nada. Oí el final de la historia desde afuera. Venía en tu ayuda. Temía lo peor. Por eso actué a tiempo. Es una terrible historia, lo sé. Pero terminó muy a tiempo, mi hermosa y noble Ivy Jekyll… El último Hyde acaba de morir…

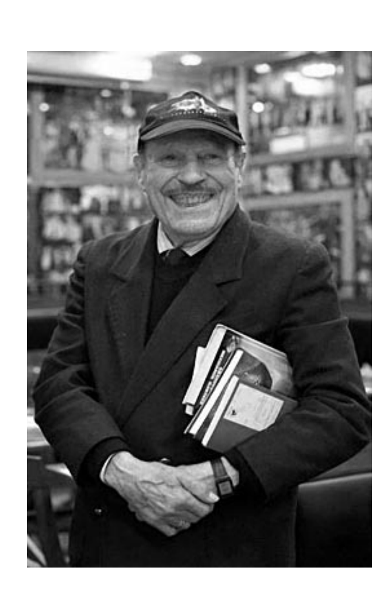
La abrazó con fuerza contra sí. Ivy siguió sollozando. Luego, inclinándose sobre el cadáver de Maisie Miller-Hyde, comprobó Brian lo que ya esperaba:

—Pobre mujer… Ya reposa en paz.

El rostro de la muerta, ahora, benigno y apacible, era el de la entrometida y amable señora Miller.

De la señorita Hyde, ya no quedaba nada. Absolutamente nada.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.